

EL FIGARO

Periodico Literario y Artístico

¡Gloria á ti!

Allá va la nave obscura;
Vedla en sol dad medrosa
Navegar;
Dejó la playa segura
Por la pérfa azarosa
Plena mar.

Allá va de tumbo en tumbo,
Ludibrio de viento y ola....
Pero no:
Que esos ímpetus del rumbo
No la apartan, que ella sola
Se fijó.

¿A dó corre así la nave
Por un piélago terrífico
Y glacial?
—Corre á luchar, y quién sabe
Si á morir por su magnífico
Ideal.

¡El polo! ¡Ese punto solo
Del planeta, que el humano
Nunca holló!...
¡Es preciso hollar el polo!
¡Arrebatarle el arcano
Que guardó!

¿Qué importa que, en el intento,
Allí, donde entumecido
Cede el pie,
Tanto generoso aliento
Se haya helado, y extinguido
Tanta fe?

Tras la espantosa barrera,
Hielo tan sólo—infecundo
Hielo—habrá....

Pero ¡clavar la bandera
Allí! ¡Proferir: "el mundo
Nuestro es ya!....

Allá va la nave, hendiendo
La onda gélida, más franca
Cada vez,
En su rumbo hacia el tremendo
Confin, dormido en la "blanca
Lobreguez."

Sin descanso la tormenta
La persigue.... ¡Ved! ¡Se aboca!
¡Ya está a'li!

Parece que la violenta
Conmoción le grita: "Loca,
Pára aquí!"

¿Cejar? Aunque el torbellino
De nieve el paso le corte,
Vano es:

Al despejarse el camino
—Dedo inmóvil—siempre al norte
Da el bauprés.

Y mientras la nave obscura
—Vencedora en la palestra
Boreal—
Se pierde entre aquella albura
Callada, fría, siniestra,
Sepulcral....

¡Oh sueño! en el mediodía,
Todo es azul, verde, gualda
Y arrebol,
Rebosa el pueblo alegría,
La campiña se enguinalda,
Ríe el sol....

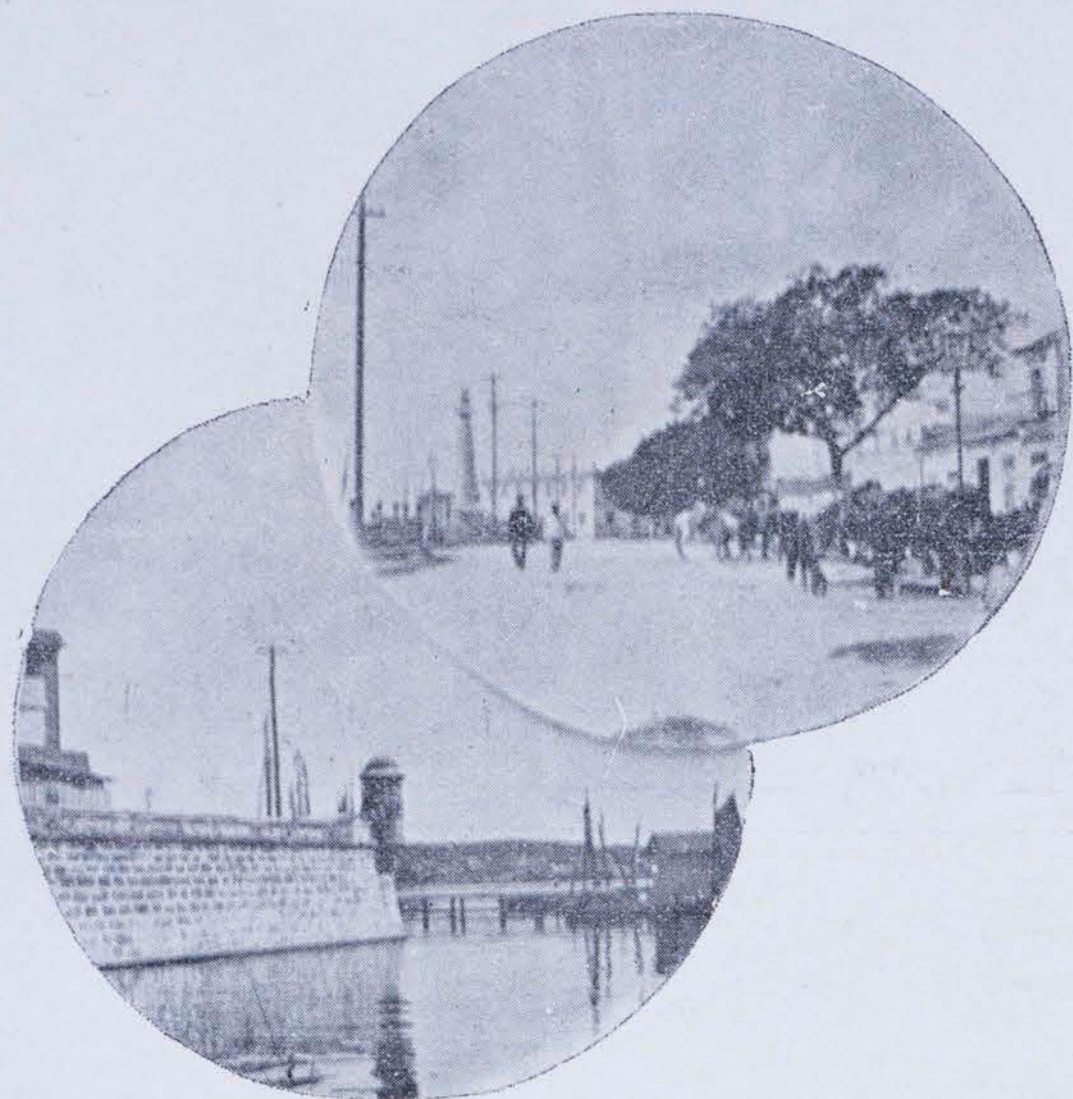
¡Ve, nave audaz! Tu proeza
De orgullo al hombre motivo
Noble da:
Condición de su grandeza
Es ir tras el fugitivo
Mas allá.

Cuando lucha porque aspira
Al imperio ilimitado
De su ley,
Triunfe ó no, por su alta mira
Muéstrase de lo creado
Digno rey.

¡Gloria á ti, si el polo huellas!
¡Si el hombre su enseña encaja
Firme allí!...
Si no arribas, si te estrellas,
Si la nieve te amortaja,
¡¡Gloria á ti!!

DIEGO VICENTE TEJERA.





ALAMEDA Y MURALLÓN DE PAULA.—FOTOGRAFÍAS DEL SR. LOREDO

Marina

A Carlos Peñaranda

*La luz crepuscular baña la costa
de suave claridad; del sol, apenas
brilla el tibio fulgor con que la tarde
orla y matiza su cendal de nieblas.*

*Rompen las olas y en hirviente e puma
se enlazan, se confunden y se encrescan,
en ruidoso tropel tocan la orilla
y con sordo rumor pronto se alejan....*

*Sobre el vasto desierto de las ondas,
donde un azul con otro azul se mezcla,
surge raudo bajel que se desliza
al blando impulso de sus blancas velas.*

*¿Qué rumbo sigue la gallarda nave?
¿Será de la fortuna mensajera?
¿Acaso del Amor á otros confines
irá á llevar los ecos de la ausencia?*

¿O va á encontrar entre escarpa las rocas

*el rigor de un destino que no espera,
y en olas encrespadas y rugientes
destroza la llegar á la ribera?*

*¡Siempre el misterio, incomprensible y vago,
perturbando la humana inteligencia,
sin que pueda salvar el puro ensueño
el límite sombrío que la cerca!*

*Lejos, muy lejos, va la erguida nave,
dejando tras de sí límpida estela....
Tal parece que al viento abre las alas
una blanca gaviota que se aleja!*

*Y en tanto los celajes del ocaso
en las movibles ondas se reflejan
y en la arenosa playa las espumas
cual líquidos cristales se despliegan....*

LOLA RODRIGUEZ DE TIÓ.

* Resaca *

Oh, el mar!.... No hago más que nombrarlo y ya me entran ganas de dar una zabullida.

¡Al agua, pues! Pero sin meternos en honduras, que por ahí anda ó nada el pez gigante; monstruo, según vox populi, que mide—porque él no se deja medir—un kilómetro de eslora, más puntal que el hotel de Inglaterra y doscientos metros de manga, con lo cual prueba ser un pez de manga ancha, tan ancha que nos hace recordar á ciertos pejes muy conocidos por estos arrecifes.

Vosotros sabéis cómo es el mar, sí, lo sabéis. El mar es profundo, insondable, inmenso.

Sabéis más, sabéis que, al mismo tiempo, es de lo más variado. Existe el mar negro, el mar blanco, el rojo y el amarillo.

Perfectamente.

Estais enterados de que el mar produce perlas, corales, esponjas, erizos, y de que hace producir cada oda... ¡caracoles!

Adelante. Habreis probado las ostras, y no negareis que son exquisitas, apetitosas, lo mejor que el mar produce.

¡Vive Dios que lo más feo haya de ser lo más sabroso!

No ignorais, lo sé, que en el mar hay de todo, como en botica. Hay caballitos del mar, estrellas de mar, lobos marinos, hombres de mar, etc.

Pero os advierto que no debeis confundir á los hombres de mar con los marinos. Estos últimos no saben de la misa la media, están familiarizados con el mar, y cuando se acostumbra uno á una cosa, claro está que ya no se le toma el gusto.

Esta es la razón por la cual muchos maridos no aprecian en lo que valen á sus legítimas esposas.

Los verdaderos conocedores de la azul llanura, los verdaderos prácticos—¡increíble parece!—son los que *marean*, los que se van á fondo.

Son ellos los que saben lo que es la mar salada, lo que es la mar traidora, ellos los que se dan cuenta de la altura de las olas, de la blancura de la espuma, del rugir de las tormentas, del oleaje, en fin, de toda la realidad marítima y azarosa.

Porque yo entiendo que, ocupando las aguas las tres cuartas partes de nuestro mundo, un hombre de mar, debe, necesariamente, ser un hombre de mundo.

¡Oh, el mar, qué hermoso es el mar! ¡Pero cuántos nau-

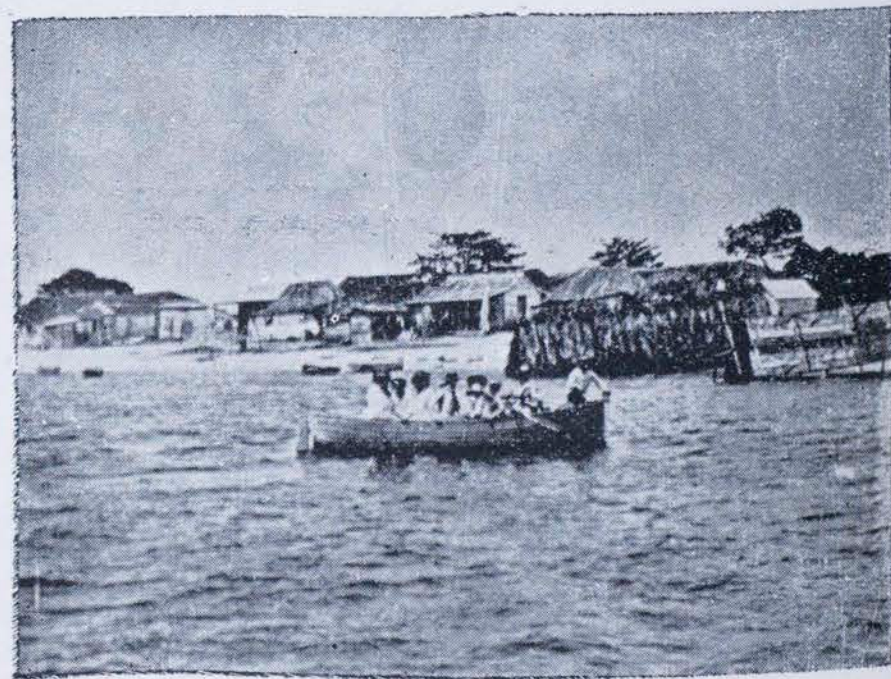
fragios, cuántos tragos amargos, cuánto buque encallado, cuánto casco deshecho!

¡Qué triste es esto, Dorotea!

Mucho nos hemos alejado y es hora de que pongamos proa á tierra.

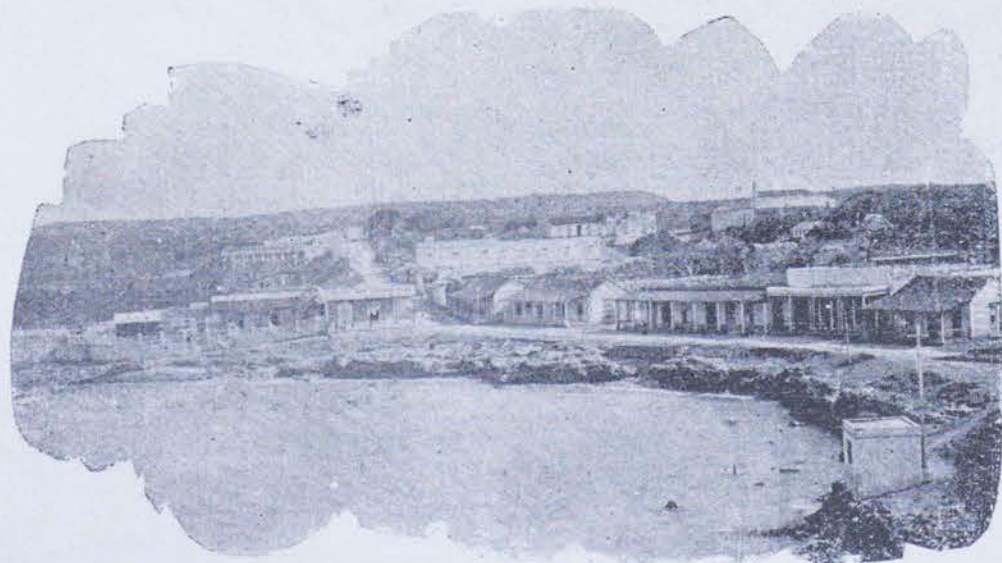
Mira t: allí teneis á la Habana, que por estar constantemente bañada por las olas, debiera presentarse algo más limpia.

A derecha y á izquierda de la capital, y no muy distantes, siguiendo la costa—á no ser que tomeis otro camino—se encuen-



PLAYA DE MARIANAO

PLAYA DE COJÍMAR



tran dos pequeñas ensenadas donde se alzan alegres caseríos: Cojimar y la playa de Marianao.

Ahora es cuando se comprenden las ventajas que ofrece el mar, pues de no existir éste, por de contado que no hubiera pueblecitos en su orilla.

Y lo que es más, dejarían de llevar algunos de ellos nombres tan raros y de origen tan curioso, como los de Cojimar y Marianao.

Vamos al caso, ¿á que de tales palabras no sabéis una palabra?

Os lo diré. Parece ser que un marinero de la nao "Santa María", al echar pié á tierra allá por Tallapiedra, encaminóse sin rumbo fijo por entre uveros y nopales, y hartándose de uvas y de higos chumbos, hallóse en el Vedado, que, aunque sin casas, era entonces tan vedado como ahora lo es, y no miento; cruzó después, á nado, el río de la Chorrera y, anda que anda, llegó al lugar donde hoy se encuentra la playa de Marianao.

Mucho debió agradarle el sitio, puesto que resolvió bautizarle con el nombre de la nave que le trajo á América.

Nao Santa María, púsole. Mas, notando que resultaba largo, suprimió la palabra Santa, y quedó Nao María.

No satisfecho todavía, decidióse á invertir el orden de estas palabras y á unir las. Así lo hizo, y así se llama esta playa, desde aquel día memorable, la playa de MARIANAO.

Al acabar el día, como es costumbre, vino la noche, y con ella una nube de mosquitos y jejenes que Dios tocaba á juicio, y nuestro marinero tocó retirada, y á todo correr, sin parar en diez horas, luego que hubo aravesado una ciudad en ruinas, que se supone sea Guanabacoa, al amanecer dió con sus huesos en otra playa.

Perseguido todavía por los mosquitos, atolondrado, loco por las puñadas que para espantarles se había propinado en la cabeza, apoderóse de una canoa que allí encontró, puso manos á los remos, y

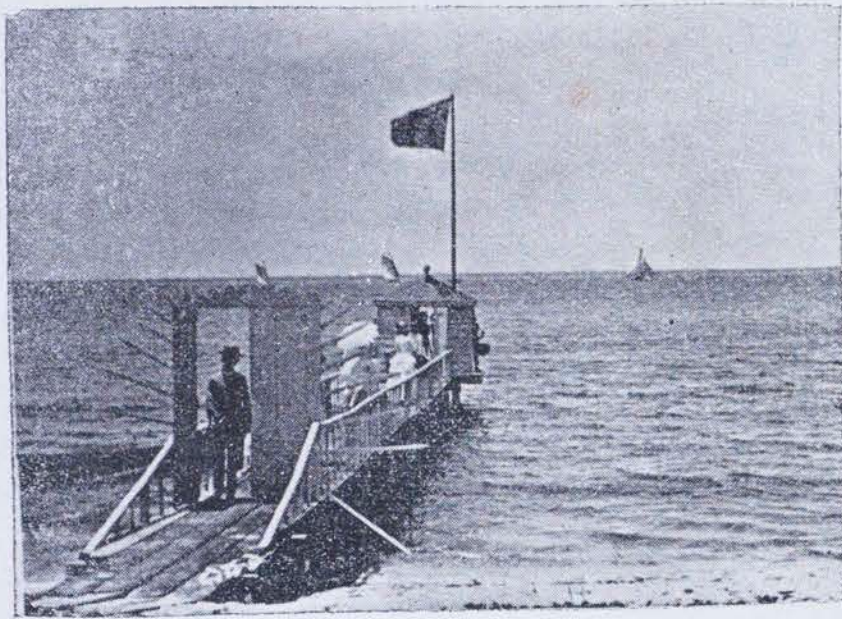
—¡Cojí MAR!—gritó alborozado y saliendo mar afuera.

He aquí el origen de los nombres de estos pueblos, según consta en unos papelotes que se guardan en el archivo del castillo de Cojimar.

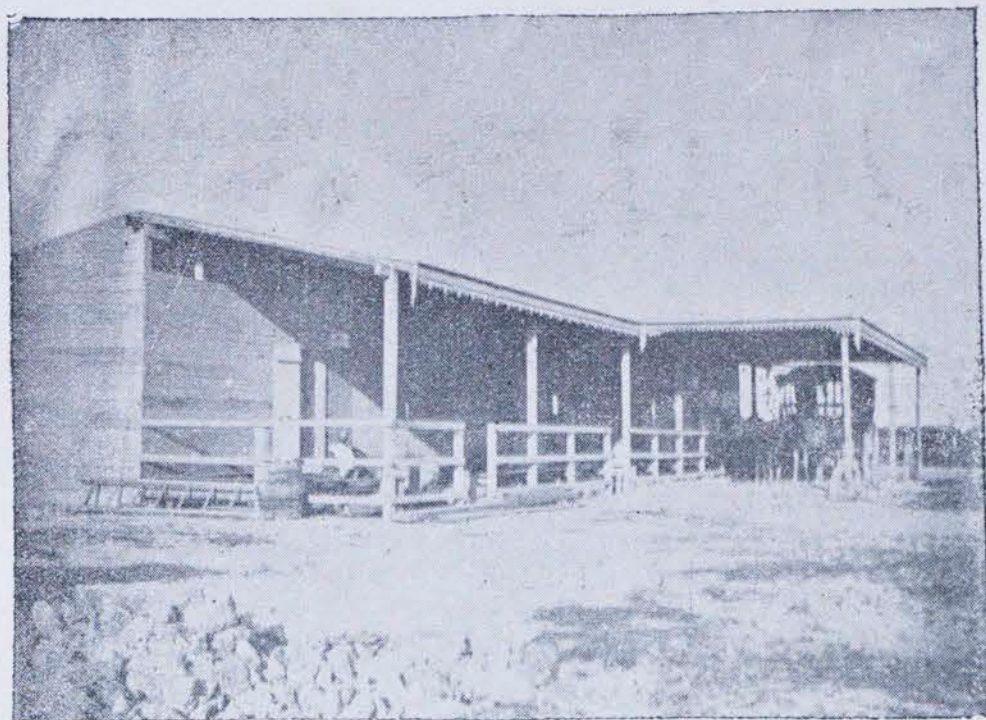
Estos dos pueblecitos adelantan día por día. La Playa tiene ya hasta ferrocarril. El tren va á las horas, le da tres vueltas al torreón, y se vuelve á las medias horas, por donde fué.

Yo guardo en mi alma los más gratos recuerdos de esos lugares.

¡Cómo cambian las cosas y uno mismo!



PLAYA DE MARIANAO.—Muelle de Todd.



BAÑOS DE COJIMAR.—Fotografía del Sr. Lored.

No es ahora la Playa lo que era hace algunos años. Entonces no había ferrocarril ni chalets, sólo un aduar de hurafios pescadores y un apartado rincón para los amantes de la soledad y de quimeras.

Vienen á mi memoria el perdido bergantín rendido sobre las rocas, las ruedas del vapor incendiado, el vetusto torreón, mostrando, á la caída de la tarde, su oscura silueta sobre el enrojecido horizonte. Allí el abandono, el olvido, el duro resistir á los embates del tiempo y del mar, la protesta muda contra el destino, un cuadro de melancólico encanto y lúgubre belleza.

Ante él, mi alma joven sentíase halagada, atraída, resueita; todo parecía venir hacia ella, invitarla á la vida y al ensueño.

Hoy, si por allí volviese, bien creyera que habían de apartarse y huir de mí las visiones y fantasías de otros tiempos. Sí, porque dicho se está que en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño; ya la ilusión es bafa; la esperanza, esperar; el entusiasmo, la ola que cede y silenciosa se retira.

Pero noto que me voy poniendo triste, y motivo hay para ello. Figuraos que en aquella época, el día que menos, me almorzaba una docena de cabrillas, fritas, acabaditas de pescar.

Septiembre 94.

M. REMO.

En el lago

Va el lago duerme. La densa bruma
su manto tiende sobre las frondas.
Los peces duermen bajo la espuma.
La luna ríe sobre las ondas.

En la ribera, las frescas flores
duermen, besándose, enamoradas.
La ondina duerme, soñando amores.
Duermen los silfos, gnomos y hadas.

Dentro del bosque, ya recogidas,
las aves duermen. Duerme el follaje.
Y hasta las nubes están dormidas,
y está dormido todo el paisaje.

Sueltos los remos y abandonados,
surca las ondas un barquichuelo
donde dos seres, enamorados,
con su cariño forman un cielo.

Veloces pasan las dulces horas
que el amor guía con blando halago.
Y entre caricias embriagadoras
la barca sigue surcando el lago.

Vibra de pronto, sobre las ondas,
el estallido de un beso ardiente
que va á perderse junto á las frondas,
siguiendo el curso de la corriente.

Rota la calma, las castas flores
abren sus tallos; entre el ramaje
las aves trinan, cantando amores,
y se estremece todo el paisaje.

Ya está la barca sobre la arena.
Ya se alza el himno de la poesía...
Y es que la tierra, de sombras llena,
ha recibido la luz del día.

L. ANEIROS PAZOS.

Enriqueta Faber

Ensayo de novela histórica, por Andrés Clemente Vázquez.—Habana, 1894.

Cuando este número se reparta, ya estará á la venta la obra que, con el título que antecede, acaba de publicar nuestro ilustrado redactor el señor Vázquez, quizás el más fecundo de los escritores cubanos, y de la cual conocen algo nuestros lectores, porque no hace mucho que publicamos de ella un fragmento.

Enriqueta Faber es un libro en 8.º mayor, elegantemente impreso, de 262 páginas, dividido en dos partes que se llaman: *Luchando en Europa*, la primera, y *Redimida en América*, la segunda.

Aun no hemos tenido tiempo de leer, como es debido, esta nueva producción del señor Vázquez, por lo cual nos vemos precisados sólo á acusar recibo de los ejemplares que nos dedica.

Sin embargo, podemos adelantar que es la primera obra de ese género que aquí se imprime y que á juzgar por los capítulos que hemos podido saborear, no parece un ensayo, como modestamente lo rotula el autor, sino la obra excelente de un novelista ducho en el arte de la narración histórica.

En números próximos nos ocuparemos, con la atención merecida, de este libro exquisito.



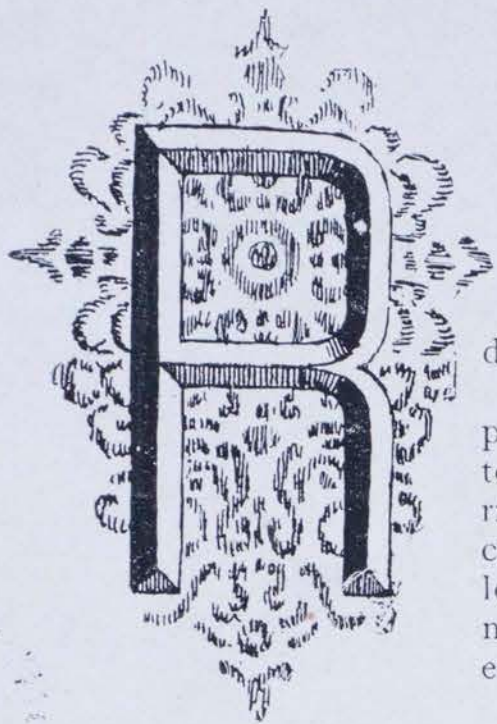
Mi Tierra

(LEYENDAS DE LA HABANA ANTIGUA)

XX

EL "MARQUÉS DE LA HABANA" *

Al Dr. Miguel Gener.



EGOCÍJANME de antemano (pareciéndome ya que las oigo) las exclamaciones, en granizada de puyas, que la cariñosa malignidad de mis buenos amigos (los que saludo á diario en *La Lucha*) me prepara, cuando lean esta portentosa aventura de mi niñez.

Ellos, que me conceden imaginación tan potente, fantasía tan rica y aplomo bastante para inventar sucesos y rodearlos de peripecias, citar fechas y nombres, ¿qué dirán cuando se enteren por esta narración, que á los siete ú ocho años de mi edad, figuró mi nombre (yo, no) como prisionero de guerra, en un combate naval!

* * *

Corría el año de 1861 ó 62. No lo recuerdo bien; pero sé que en aquellos días había ocurrido en México uno de los frecuentes golpes de audacia con que agitó durante más de treinta años aquella nación el ambicioso y tenaz político general Santana.

Vivía en mi casa, desde años antes, por haber sufrido un descalabro, el jefe de su partido, D. Manuel Genaro Vázquez, *santanista* furioso y tío de mi madre. Sus bienes habían sido confiscados por el gobierno triunfante; se le buscaba para desterrarlo ó fusilarlo, y él emigró, refugiándose en casa, con toda su familia.

Tan pronto como se supo en la Habana el nuevo triunfo del audaz general (no sé si entonces se proclamó *emperador* ó *dictador* de México), comenzó D. Manuel á preparar su viaje de regreso, y á recibir visitas y felicitaciones de los *santanistas* aquí refugiados.

Entre estos se contaban el general Marín (indio puro) y sus dos hijos, muy jovencitos. Allá fraguaron entre todos el proyecto de comprar un buque, armarlo, tripularlo, embarcarse en él, y presentar á Santana un barco costado por la *fiel emigración*, con *guardias marinas* y todo.

Y así se hizo: adquirieron del armador propietario el vapor "Marqués de la Habana", lo tripularon en su totalidad con marineros mexicanos; el general Marín era el jefe de la expedición y Manuel Vázquez el capitán del buque; pero todo esto en secreto, y el vapor quedó listo y con todos sus papeles en regla, que acreditaban su abanderamiento español.

No faltaba nada á bordo: oficialidad, marinería, maquinistas, y un par de *cañoncitos* de á 12. Entre los *guardias marinas* figurábamos: los dos hijos del general Marín, mi primo Pancho Martínez y.... un servidor de ustedes; con la distinción de que, todos embarcaron, menos este que escribe la *Leyenda*.

* *

¡A la mar!—A los tres días de viaje entraron en aguas de Veracruz, ya muy avanzada la noche, y los expedicionarios, impacientes por lucírselas, apenas amaneció, enarbolaron la bandera imperial mexicana.

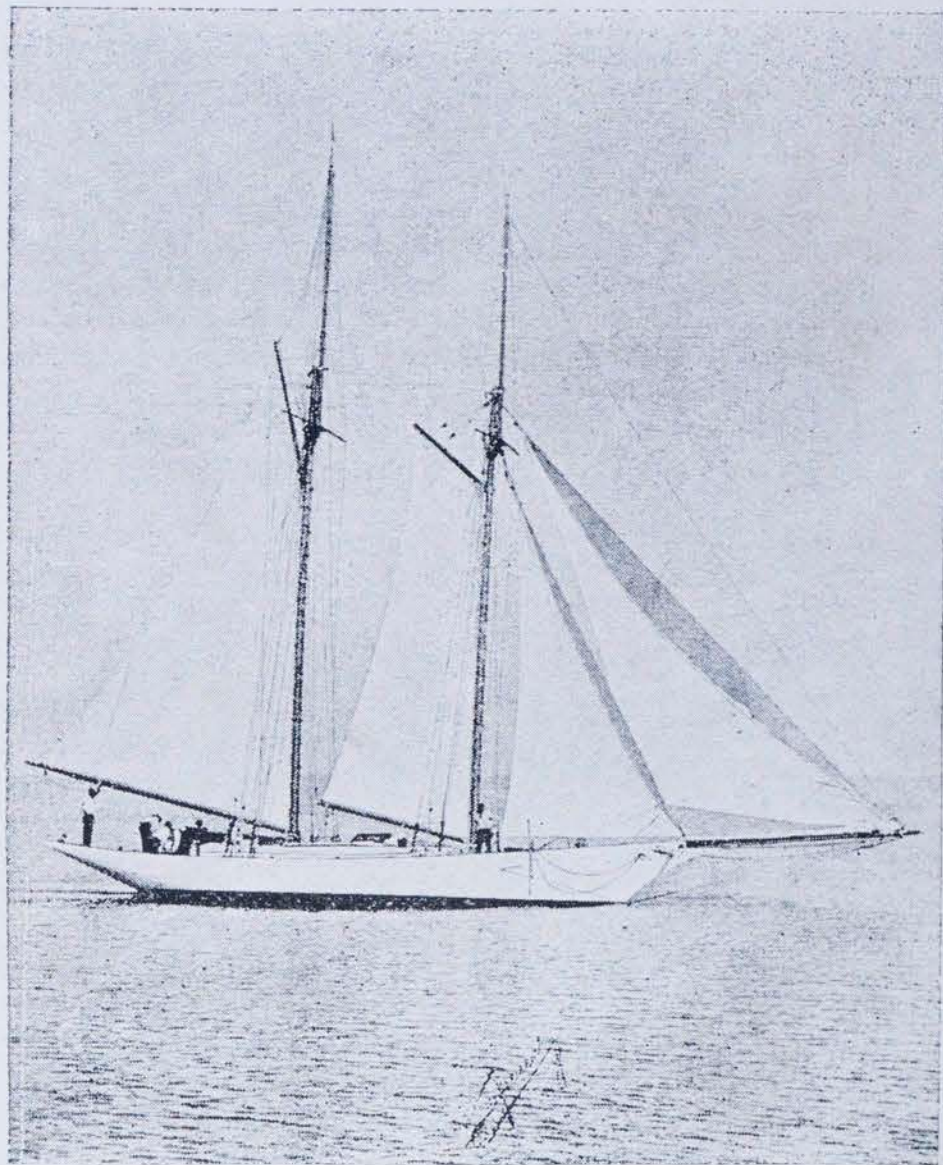
Pero... avistaron la rada y, ¡oh sorpresa! El puerto estaba bloqueado por una escuadrilla americana, y la fragata "Saratoga", que hacía de comodoro, había visto al "Marqués de la Habana".

Inmediatamente ordenó Manuel Vázquez, arriar la bandera, ignorando lo que hubiese podido ocurrir; más los *yankees* dispararon un cañonazo, pidiendo bandera, y como el barco llevaba documentos españoles, no hubo más remedio que izar el pabellón de oro y grana, volviendo la proa para continuar en otro rumbo.

¡Allí fué Trafalgar, ya que no Troya!

La "Saratoga" soltó una andanada que derribó un palo del

* Yo invito á mi antiguo y distinguido amigo el Sr. D. Andrés Clemente Vázquez, respetable cónsul de México en esta capital, á que, con la amabilidad que le caracteriza y con su discreta y bien cortada pluma, rectifique los errores históricos y los puntos de apreciación de los hechos aquí narrados que no pueden menos que aparecer oscuros, porque yo no tengo más *Archivo* que mi memoria, empañada ya para recordar sucesos tan lejanos. Su galante intervención me servirá para las rectificaciones oportunas en el libro en que pienso coleccionar estas leyendas, y he de quedar por ello obligado y reconocido.



YACHT ADRIANNE DE LA FLOTILLA DEL HABANA YACHT CLUB

"Marqués de la Habana" y no dejó un cristal sano en portas ni en tragaluces; destacáronse de la escuadrilla un aviso y una lancha de guerra, y comenzó la caza del sospechoso vaporcito que así enarbolaba dos banderas. Hubo la confusión indispensable á bordo del perseguido: cinco timoneles, muertos uno tras otro, apenas se sustituían en la barra del gobernalle, y mientras los *guardias marinas* se escondían bajo las literas de los camarotes, y Manuel Vázquez mandaba al maquinista correr á toda máquina, arrancando de paso, de manos de un exaltado, la mecha con que pretendía volar la *Santa Bárbara*, el general Marín corría, desolado, sobre cubierta, gritando como un insensato:

—¡Estamos rendidos! ¡Arriar la bandera! ¡Parar la máquina!

Y así hubo que hacerlo al fin. Acercáronse los americanos, lanzaron sus arpeos ó garfios á la borda del "Marqués de la Habana," y saltaron armados sobre cubierta, para tomarlo al abordaje.

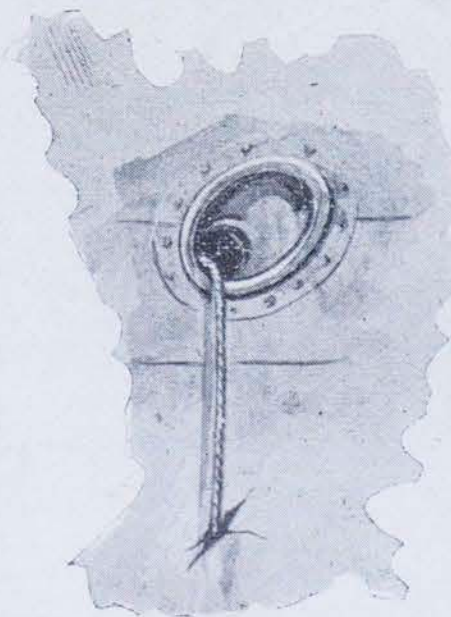
Pero allí estaban rendidos á discreción. El barco fué apresado y conducido á Veracruz y los tripulantes estuvieron presos catorce días, en San Juan de Ulúa, hasta que, restablecida la calma en México por aquella intervención americana (no sé si en favor de Juárez ó de Santa Ana), se llevaron los prisioneros á Nueva Orleans, donde se aclaró su situación, con intervención del cónsul Español. Fueron puestos en libertad; pero el barco quedó confiscado.

Más tarde—el año 69 ó 70—volvió á la Habana el general Marín, con el objeto de que mi padre me dejase ir con él á Washington, donde esperaba cobrar una indemnización reclamada á nombre de los *guardias marinas* que *hallamos perdido nuestra carrera* por aquel atropello.

Mi padre no consintió: pero mi primo Pancho (que era también de los *guardias marinas*) fué, llegó, y volvió.... como el negro del sermón, ó como quedarán algunos lectores de este artículo: con la cabeza caliente y los pies en alto, pensando quizás que esta también es *bola*.

Sep. 94.

FELITE L. DE BRÍÑAS.



Gacetines

En una de las playas más concurridas, donde acude en verano la flor, la crema, de lo más linajudo la misma yema, es, entre las muchachas más distinguidas, el pez monstruo-marino, constante tema.

Porque, cuentan mil cosas extravagantes: unos, niegan el caso y otros, lo dudan; en que varios lo han visto, muchos se escudan y hay, entre los muchachos más elegantes, muchos que lo conocen y lo saludan.

Han salido en su busca tres almadías con gentes de la pesca de tiburones, llevan muchas semillas de cañamones, con lo cual se prometen, en pocos días, arrastrarlo hasta el circo de Pubillones.

Parafisno, un gomoso muy elocuente, aunque la dentadura tiene incompleta, que pasea las novias en bicicleta y anda *pedalizando*, constantemente, tras el plateado disco de una peseta;

Con énfasis gangoso, más disinguido, con frase convincente, por lo sencilla, exclamaba anteanoche: "Lo vi: no es grilla; pero no me acercaba, porque he sabido que hay muchos tiburones junto a la orilla."

"Es un monstruo que tiene tan larga coda, como desde Cojimar hasta el Guatado."

"unas veces se marcha por Baracoda"

"y, algunos de la bella Guanabacoda,

lo han visto que venía por Marianado."

"Cadacoles!"—le dijo Pepa Sonaja,

"usted habrá salido de Guanajady,

"camino de las lomas del Escambrady,

"se habrá caído de un nido por la Guanaja

"y ha venido a la Habana por el Wajady."

"Como es usted un chico tan refinado

"y que todo lo toma tan por lo fino,

"por si encuentra el tal *peje-monstruo-marino*

"le regalo ese anzuelo, que me han mandado,

"sólo para la pesca del gambusino."

—No conozco esa pesca.

—¿No la conoce?

Pues, amigo, de todas, es la más fresca:

se ceban los anzuelos con lija y yesca,

espera usted un rato: *le dan las doce*

y, nada, entre dos platos, toda la pesca.

El último rasgo de la moda en Francia, es bañarse—oh, bellas lectoras!—luciendo medias negras.

Bien se conoce que por aquellas playas no abundan los tiburones, tintoreras, cazones y demás gente ordinaria que esmaltan nuestras costas.

Y que es sabido prefieren el negro a todos los otros colores.

Écheles Vd. medicitas obscuras.



Blanca gaviota, dueño del ambiente, cómo tu cuello virginal inclinas... Y te pasas la vida, bravamente, engullendo sardinas.

**

Un fenómeno que relata un periódico:

"Una señorita que ha tomado con furor todo género de ejercicio marítimo y que rema, nada, gobierna el timón, bucea y coje ostras en los mangles, vá perdiendo su primitiva forma y se convierte poco a poco en *jaiba*."

En breve contraerá nupcias con un *cangrejo*.

Y... tiembla el monstruo-elefante.

**

En la costa norte de la Península ha sido motivo de admiración un *pulpo* que encontraron unos pescadores.

El animalejo pesó catorce arrobas y tenía ciento seis patas.

De poco se admiran. Conocemos por aquí algunos ejemplares que, quizás no tengan tantas

arrobas, pero lo que es patas, las tienen abundantes.

Y las andan metiendo donde menos se piensa: y hay quien tiene una pata en el cementerio y las restantes en el bolsillo de los amigos.

**

Mucha playa, mucha, mucha.

Luego la mar... insondable.

En lo más profundo, el cable.

En la orilla, una casucha...

Un canto de amor se escucha...

Angeles y serafines

juntan sus tonos afines

para cantar tierno y hondo...

—¿Largo el ancla?

—¡Larga...!

—¡Fondo!

Y acaban los gacetines.

MONTE-CARLO.



LA PLAYA ABANDONADA

Fíjate, lector, y escucha cómo cantan un poema, en la playa abandonada, murmullos de la marea.

La que alegre fué hasta poco, dentro de poco has de verla playa sin sendas amantes, orilla sin Galateas.

Largos meses, largas cuitas por sus ausentes sirenas habrán de llorar las ondas en amargura deshechas;

Que no es de fácil olvido lo que ha pasado con ellas, todo un amante verano de caricias placenteras.

Siempre el color reflejando de alegrías y tristezas, ondas que el verano azula las hace el invierno negras.

Y no es por eso la playa que ahora á contemplar te sientas, de sonrosadas venturas la encantadora acuarela.

En los huecos de las rocas, quizás encontrar pudieras el eco de alguna risa, como medrosa gacela.

Y acaso el perfume puedes aspirar sobre la arena, que dejara la toalla que á alguna ninfa cubriera.

Que es más posible que rastros tan sutiles lograr veas, antes que en la arena escrita de amor alguna promesa.

Bellas bañistas prosiguen siendo las que aquí estuvieran, pues si esta arena dejaron fué no más por otra arena. Mecieron en estas olas, de espumas blancas cubiertas

y ahora entre blancos encajes en las del mundo se ostentan.

De alegres tonos vestidas junio las trajo risueñas, y ya con negros merinos septiembre se las lleva.

A tí volverán de nuevo, playa que lloras por ellas, pues si en tus olas se curan, en las del mundo se enferman.

Marinero que en la borda, del sol á la luz primera, estas arenas buscabas para recrearte al verlas,

Sin radiantes perspectivas verás la playa desierta, donde huyendo de ciclones anidan aves siniestras.

De algún pescador constante a inmovible silueta lerás, en alto la caña, y rgando en las aguas muertas, huy su paciente figura despertará en tí la idea, de uno que pasadas dichas allí silencioso vela.

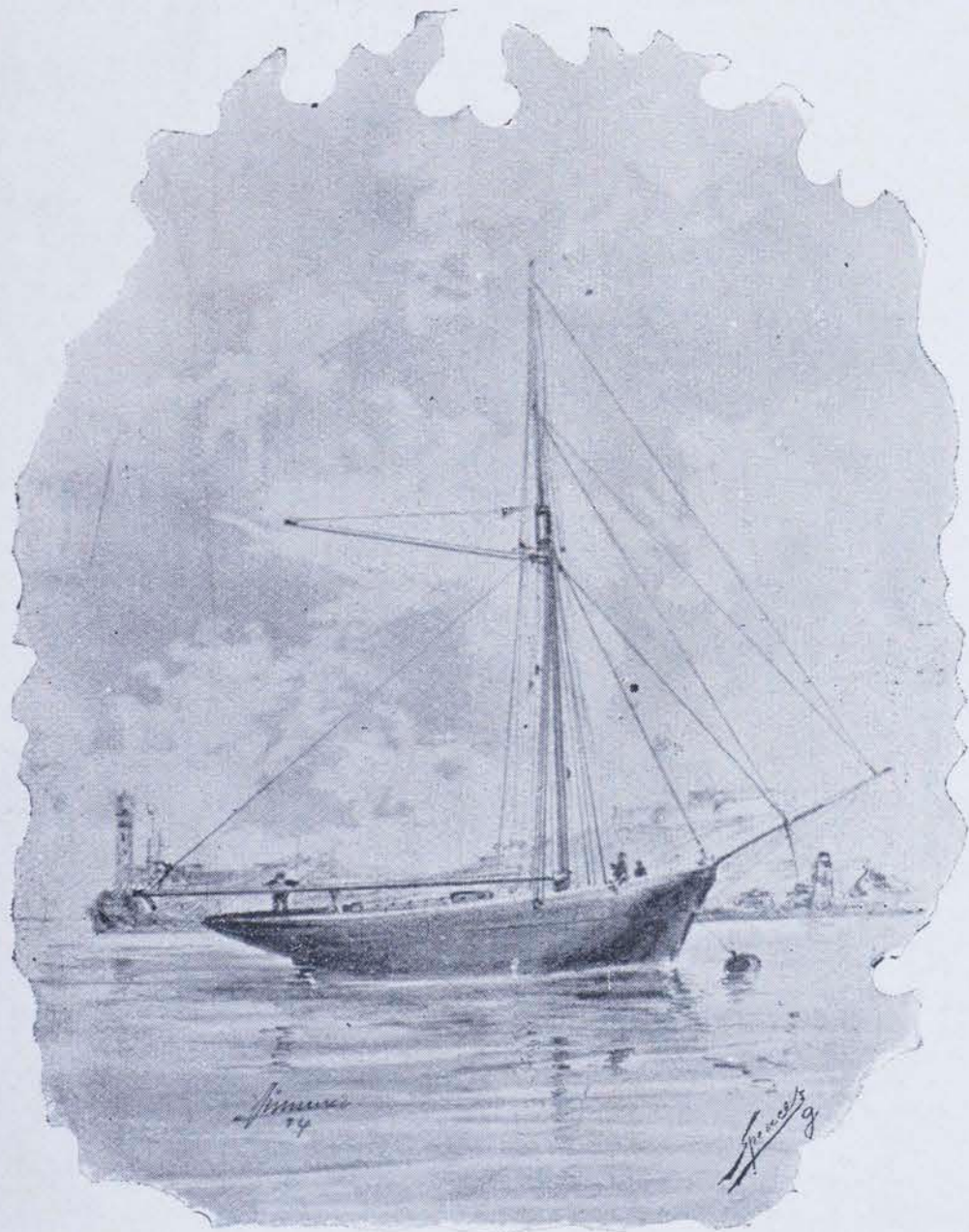
La brisa desesperada busca con locas revueltas una falda que al descuido pueda levantar traviesa.

Y el sol su lumbré en las rocas derrama cual una hoguera, sin hallar el suave lecho de las sombrillas de seda.

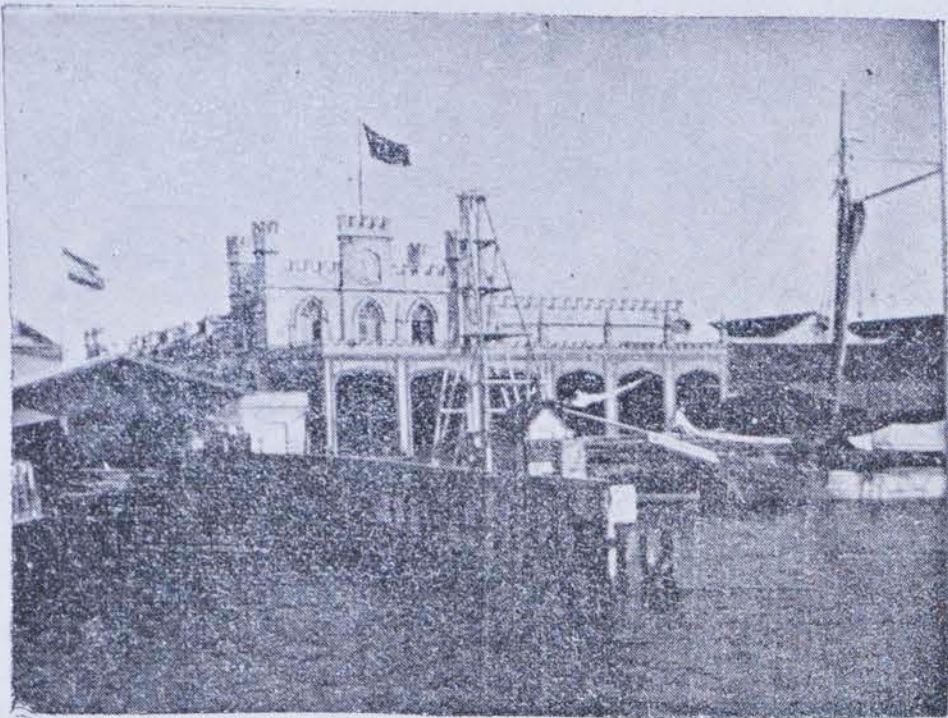
Ya no hay risas ni canciones, ni bulliciosas casetas, que el otoño echó las llaves y á brumas ahogó la fiesta.

Fíjate, lector, y escucha cómo cantan un poema, en la playa abandonada murmullos de la marea.

FEDERICO VILLOCH.



MARINA.—DIBUJO DE JIMENEZ



Muelle de los vapores de Regla y Estación de Fisser

rica en sucesos, variada en toques, y con un caudal de notas para transmitir a la curiosidad del público que se queda en casa. Pero ya que un sentimiento de justicia ha de informar en todos los casos al que toma la pluma entre sus dedos, bueno será advertir que no desconocemos—en esta siempre fiel colonia con hábitos europeos—la vida elegante de las playas y balnearios. Se hace, se practica y se va formando de año en año, aunque en la corta proporción que es natural en una sociedad donde los más pudientes y los más favorecidos por la suerte no son los que en mayor número esperan la estación del verano para pasarla bajo el cielo de Cuba. Siempre vereis en las múltiples correspondencias que de los pueblos de temporada se remiten a la prensa, lo mismo de España y Francia, que de los E. U., el nombre de algunas familias cubanas entremezclado en la larga relación de los temporadistas.

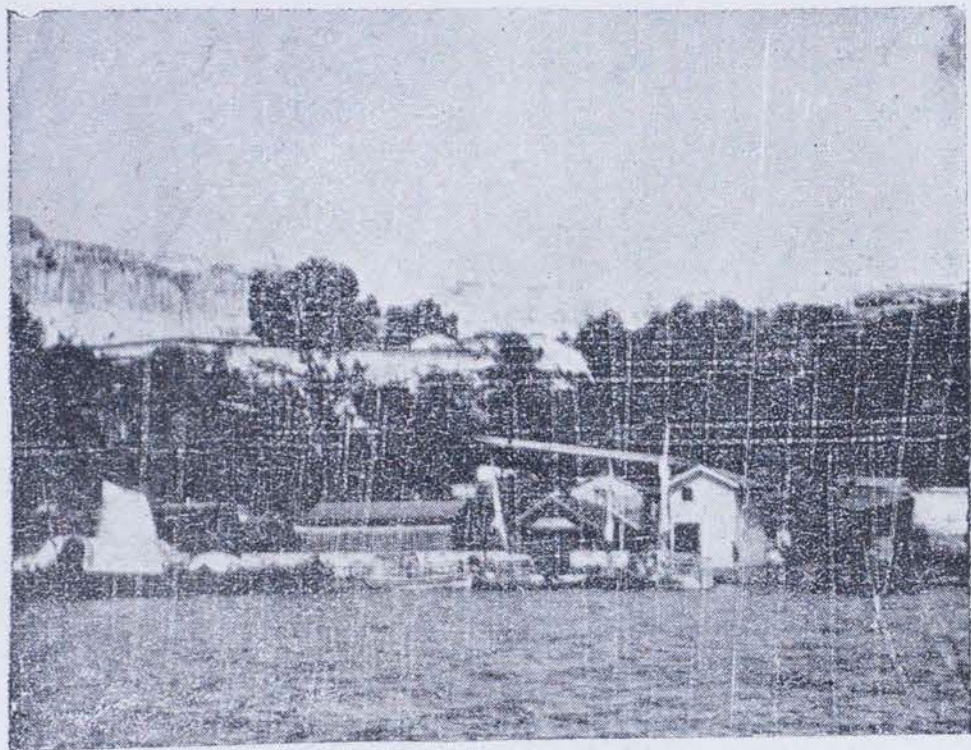
Es un precioso concurso que pierde todos los años, durante un período invariable, la buena sociedad que se reúne en los lugares veraniegos situados en las cercanías de la Habana.

Así y todo, no sería iniciativa infructuosa la de cualquier periódico habanero que a la manera de *El Liberal*, de la villa y corte, mandase a uno de sus redactores, investido de *reporter*, para que recorriendo sucesivos puntos veraniegos, contase luego, en forma de correspondencia, las impresiones de su *tournee*, el número de los temporadistas y lo que constituye el *specimen*—como dicen los cronistas franceses—de cada lugar.

El Liberal ha referido, a este propósito, las cosas más agradables que se desarrollan y pasan en las estaciones de Fitero, Cestona, San Sebastián, etc., sin que de vez en cuando deje de venir a las columnas del periódico el eco de Biarritz, Carlsbader, Vichy, Saratoga, Louchon, etcétera.

Algún periódico que hubiese tomado este ejemplo no hubiera perdido el tiempo.

Con un poco de actividad y otro poco de buen deseo, siempre habría encontrado las liebres para hacer el guisado del cuento.



Muelle de Casa Blanca

Mientras Pancho Tabernilla y Arturo Fontes vayan todos los veranos a Cojimar, las mejoras se sucederán en escala progresiva. Ellos no se conforman con buscar emociones para los temporadistas. Van más allá. Para el año próximo, estos dos caballeros sorprenderán a los visitantes del cercano caserío con dos mejoras: la construcción de un parque y de una glorieta. La glorieta será una especie de hotelito para amigos. Será un *chalet* donde el soltero vivirá con independencia y comodidad en apartamentos bañados, a perpetuidad, por una brisa sana, fresca y aromosa y rodeado de un paisaje de incomparable hermosura.

El Mariel es un puerto que conocen todos los *yachtsmen*.

Es la bahía más amplia y pintoresca que se conoce al Oeste de la Habana.

A su entrada, a la izquierda, hay una playa donde el gusto de un hijo del mediodía ya hubiera levantado un *cottage*.

Es una playa cuyo nombre no daría jamás idea de su belleza. Se llama *Tango Tarango*.

Cuando se navega en dirección hacia el Mariel, la vista de ese pedazo de playa hace la ilusión de una sábana blanca tendida sobre la ribera. Es preciso que sea muy recia la rompiente para que las olas bañen la extensa llanura de arena a cuyo fondo empieza un intrincado monte de uvas caletas que se prolonga hasta perderse en las faldas de la elevada meseta, que es el guía más seguro del navegante de estos mares.

En las horas en que está baja la marea, no hay nada más delicioso que recorrer esa playa, limpia y fina como una gran lámina de marfil.

Si las olas rugen, oíreis—como he oído yo en noches inolvidables—que algo así como el apagado, lejano y rumoroso acento de una queja inacabable batirá en vuestros oídos desde cualquiera que se el lugar donde os encontréis en el Mariel, distante a más de una legua de la poética playa, entre cuyos uveros hay un tronco que tiene grabados un nombre y una fecha.

Nombre y fecha que acaso costaría trabajo descubrir, porque en el árbol, lo mismo que en el corazón, siempre será difícil, después del desengaño, encontrar un recuerdo respetado por el tiempo.

Cesen mis playeras. Ya en el horizonte de la crónica asoma el ocaso de las temporadas.

Los menudos piecitos que han hollado las arenas de la playa, prepárase ahora para caminar, más que por los mármoles del salón, por esas invisibles alfombras de flores que rinde siempre el amor al paso de sus ideales.

El tiesto de violetas volverá a recibir las caricias de la ausente mano que irá a buscar todas las noches, antes de ir a la ópera, el manojito de fiorecillas con que ornar la suave seda del corpiño.

El ambiente de la playa olvidado por la atmósfera del salón—La eterna, la incurable volubilidad de la vida.

* *

NOTAS DE SOCIEDAD.

—El día 30, gran recepción en los salones de los distinguidos señores de Cantero.

—Muy animada la *matinée* del domingo en la glorieta de la playa.

Ha sido la última de la temporada y se vió favorecida por la presencia

Crónica

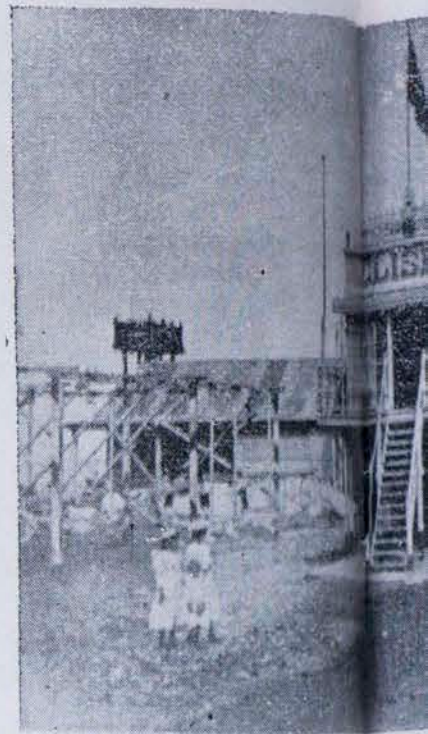
PLAYERAS

No dejaría de ser un capítulo interesante en la crónica la relación de la vida que se hace en nuestras playas y en nuestros balnearios.

El asunto es agradable, de ocasión y tendría la amenidad que comunica siempre a estas cosas el describir usos y costumbres que se salen del marco de la vida de la ciudad.

Pero yo recuerdo una frase que a cada rato traía a cuento Hermida en sus revistas de *La Discusión*. El ingenioso escritor no cesaba de decir esto: “para hacer un guisado de liebres, lo primero que hay que tener es liebres.”

Y lo cierto del caso es que aquí cabe el símil. Para dedicarse a escribir de playas, faltan aquí las liebres, es decir, faltan esas playas animadas y famosas a las cuales acude toda una sociedad, para convertir una época del año en una *saison*.



Baños de la Playa

Yo—un enamorado de las expediciones—tendría mucho que referir, si tratase de contar lo que singulariza y forma, por decirlo así, la característica de cada uno de los pueblos de temporada que se encuentran en las costas vecinas a la Habana.

No he sido como Guy de Maupassant un paseante refinado que a bordo del *Bel Ami* ha podido narrar a todos los suyos el encanto privilegiado de las playas donde ha arribado el *yacht* y ha puesto pie en tierra el sagaz observador que ha pintado una *garden-party* de la sociedad de Cannes, con la propia maravilla de estilo y con el mismo primor de lenguaje que la pobre vida del pescador en las solitarias costas italianas.

Pero la página trazada con donaire y exquisitismo estaría reemplazada por la información minuciosa y nutrida de datos.

Describiendo lo que es Cojimar o la playa de Marianao, Madruga o San Diego, el Mariel o Santa María del Rosario, durante esta época del año, cómo cambia el aspecto de la población y lo que constituye la vida del temporadista, habría para llenar un centenar de cuartillas.

La playa de Marianao, no obstante todos sus atractivos, está destinada a un porvenir lánguido.

Cojimar es la rival y enemiga de aquella playa.

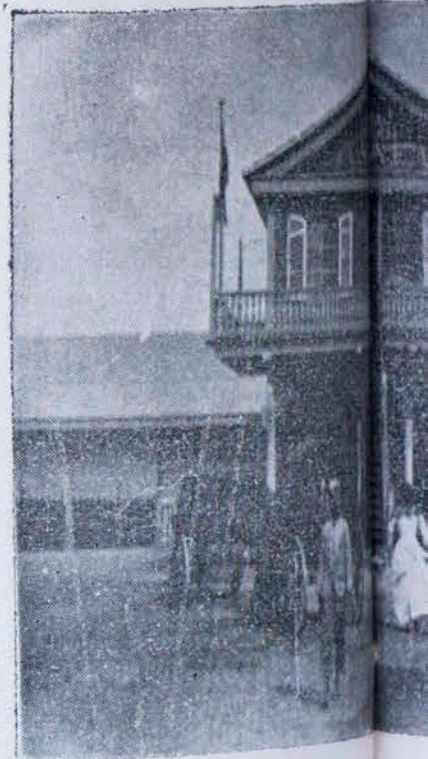
No tiene la primera las ventajas y comodidades de comunicación que la segunda—que no son las mejores tampoco—pero hay en Cojimar más espíritu en pró de todo aquello que sea prosperidad y auge. Siempre denotan las temporadas de Cojimar mayor animación que las de la playa.

En Cojimar solo se piensa en fomentar el pintoresco caserío. Si el entusiasmo con que se ha iniciado el proyecto no decae—como es lo más seguro que no decaiga—fácil es augurar una serie de temporadas brillantísimas para el pueblo del legendario castillito.

Las mejoras se sucederán en escala progresiva.

Ellos no se conforman con buscar emociones para los temporadistas. Van más allá. Para el año próximo, estos dos caballeros sorprenderán a los visitantes del cercano caserío con dos mejoras: la construcción de un parque y de una glorieta.

La glorieta será una especie de hotelito para amigos. Será un *chalet* donde el soltero vivirá con independencia y comodidad en apartamentos bañados, a perpetuidad, por una brisa sana, fresca y aromosa y rodeado de un paisaje de incomparable hermosura.



Baños de la Playa

El Mariel es un puerto que conocen todos los *yachtsmen*.

Es la bahía más amplia y pintoresca que se conoce al Oeste de la Habana.

A su entrada, a la izquierda, hay una playa donde el gusto de un hijo del mediodía ya hubiera levantado un *cottage*.

Es una playa cuyo nombre no daría jamás idea de su belleza. Se llama *Tango Tarango*.

Cuando se navega en dirección hacia el Mariel, la vista de ese pedazo de playa hace la ilusión de una sábana blanca tendida sobre la ribera. Es preciso que sea muy recia la rompiente para que las olas bañen la extensa llanura de arena a cuyo fondo empieza un intrincado monte de uvas caletas que se prolonga hasta perderse en las faldas de la elevada meseta, que es el guía más seguro del navegante de estos mares.

En las horas en que está baja la marea, no hay nada más delicioso que recorrer esa playa, limpia y fina como una gran lámina de marfil.

Si las olas rugen, oíreis—como he oído yo en noches inolvidables—que algo así como el apagado, lejano y rumoroso acento de una queja inacabable batirá en vuestros oídos desde cualquiera que se el lugar donde os encontréis en el Mariel, distante a más de una legua de la poética playa, entre cuyos uveros hay un tronco que tiene grabados un nombre y una fecha.

Nombre y fecha que acaso costaría trabajo descubrir, porque en el árbol, lo mismo que en el corazón, siempre será difícil, después del desengaño, encontrar un recuerdo respetado por el tiempo.

Cesen mis playeras. Ya en el horizonte de la crónica asoma el ocaso de las temporadas.

Los menudos piecitos que han hollado las arenas de la playa, prepárase ahora para caminar, más que por los mármoles del salón, por esas invisibles alfombras de flores que rinde siempre el amor al paso de sus ideales.

El tiesto de violetas volverá a recibir las caricias de la ausente mano que irá a buscar todas las noches, antes de ir a la ópera, el manojito de fiorecillas con que ornar la suave seda del corpiño.

El ambiente de la playa olvidado por la atmósfera del salón—La eterna, la incurable volubilidad de la vida.

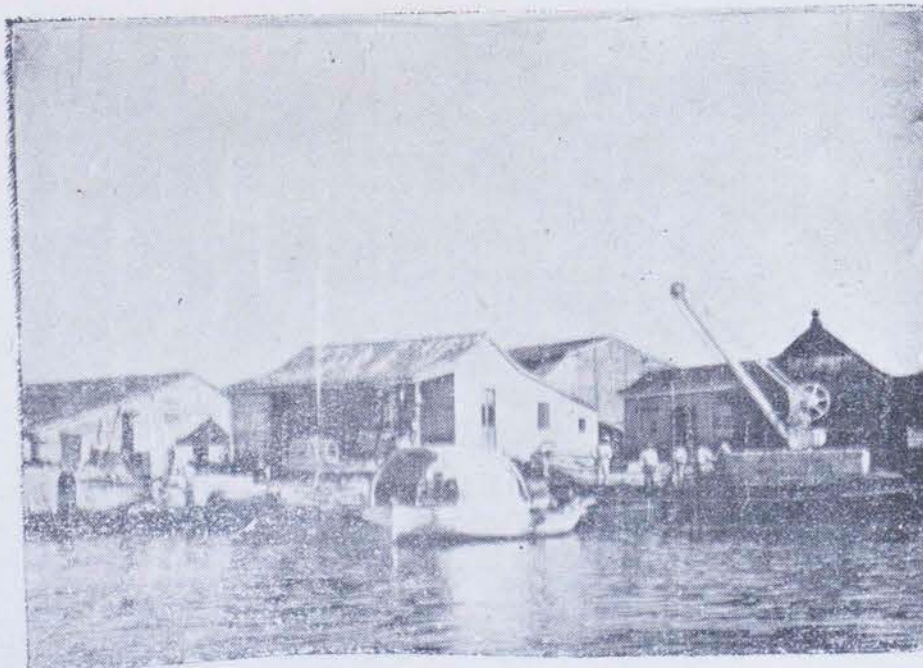
* *

NOTAS DE SOCIEDAD.

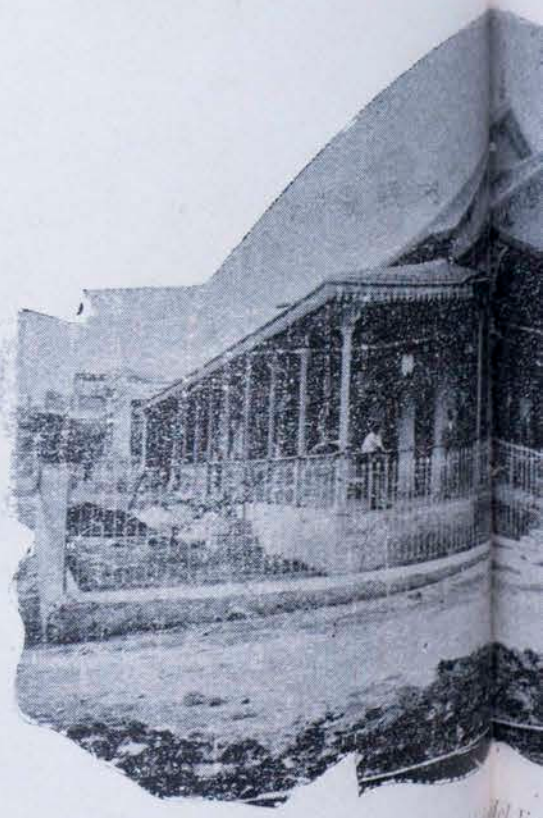
—El día 30, gran recepción en los salones de los distinguidos señores de Cantero.

—Muy animada la *matinée* del domingo en la glorieta de la playa.

Ha sido la última de la temporada y se vió favorecida por la presencia



Pescante del Morro



Baños de la Playa

de señoritas tan encantadoras como Consuelo Sánchez Mármol, María Murias, María Luisa Freyre, María Luisa Longa y Herminia Gonsé.

—Por anticipado mi saludo de felicitación á las preciosísimas Mercedes que celebran sus días mañana lunes. Entre otras, recuerdo á las señoritas de Montalvo, Romero, Armas, Rabell, Martínez Ibor, Iznaga, Morales, Gálvez, Toscano, Quirós, Cubría, Del Monte y Gacetti.

—Mañana recibe en su casa del Cerro la señora Mercedes Echarte de Díaz.

También recibe en su quinta de Buenos Aires la señora Marquesa de O'Reilly.

—El señor Marqués de la Real Proclamación y sus hijos Charles y Juan Francisco, han demorado su viaje á los Estados Unidos para el próximo día 27.

El propio día se embarca también para los Estados Unidos Pancho Montalvo.

—El martes se celebrarán en el templo de Guadalupe las bodas de la distinguida señorita Mercedes Iznaga y Aguirre con el apreciable joven Sr. José Manuel Macías.

—El jueves se bailó en la *Sociedad del Vedado*.

Se trató de ensayar el *Cotillón*, pero en lugar de esto se bailaron valeses y rigedones.

El epílogo de la reunión fué una *Virginia*, bailada por numerosas parejas.

El tema de la noche fué el gran baile que celebrará la *Sociedad*, á beneficio de sus fondos, el sábado de la entrante semana.

A pesar de que no se nombraron las parejas que han de bailar el *Cotillón*, fueron elegidos para compañeros de las graciosas directoras—señoritas María Antonia Calvo y Mercedes Romero—los conocidos jóvenes D. Ramón González de Mendoza y D. Ignacio Almagro.

Los caballeros del *Cotillón* vestirán de *smockin*.

Nada de *fracs* en una fiesta de temporada.

La orquesta de Valenzuela, con veinte profesores, se encargará de los bailables.

Una comisión, compuesta de las más distinguidas señoritas del Vedado, empezará el lunes el reparto de las invitaciones.

El *chalet* de la *Sociedad* se decorará hermosamente y es seguro que el resultado de la fiesta será un acontecimiento.

—Hoy domingo baile en los salones del *Casino* con la orquesta de Valenzuela y la banda "Santa Cecilia."

—Para el próximo diciembre se prepara la boda de la Srta. María Susana de Cárdenas con el Sr. Pedro Arango y Mantilla.

—Nuestros queridos amigos el correcto caballero Dr. D. Manuel Ecay y Rojas y su distinguida y elegante esposa la Sra. Angelina Tovar,

regresaron al principio de esta semana de su excursión por los Estados Unidos y Europa.

Damos nuestra bienvenida á los simpáticos y viajeros.

—El aplaudido violinista Brindis de Salas partirá muy pronto acompañado del profesor Miguel González Gómez, para el interior de la isla,

con objeto de celebrar conciertos en las principales poblaciones.

—A beneficio de los colegios que sostiene y del nuevo cuartel de los Bomberos Municipales (según se nos participa) la sociedad de socorros

mútuos, instrucción y recreo *La Divina Caridad*, celebrará el día 25 un gran concierto, con la cooperación de Brindis de Salas y otros artistas.

—Una boda elegante el miércoles en la iglesia de San Francisco de Guanabacoa: la de la Srta. Dolores Tuero y de la Torre—tan bella como distinguida—con el simpático y correcto joven D. José Ramon Fernández Armenteros.

A la brillante fiesta nupcial acudió un escogido número de familiares y amigos de los dichos novios, que fueron apadrinados por la Sra. María Luz Armenteros y Sr. D. José González Vega.

—La *Caridad*—la prestigiosa sociedad del Cerro—abrió sus puertas el

miércoles de la semana que ha terminado.

Sin tiempo ni espacio para describir la velada de *La Caridad* me concreto á enviar mi aplauso á los señores de la directiva que se proponen, organizando una serie de fiestas, de volver su antiguo esplendor al histórico y distinguido instituto.

A fines de este mes principiará á trabajar en Payret una compañía de zarzuela dirigida por el tenor Abelardo Barrera, y en la que figura la aplaudida

señora Araceli D'Aponte y el barítono señor Lafitta, ambos conocidos de nuestro público.

En Tacón también se prepara una temporada interesante. Una compañía

de opereta cómica norte-americana, que consta de 34 artistas y un cuerpo de bailarinas, lo ocupará desde octubre próximo, y es probable que se estrene

el 5 de este mes.

Figura como director Mr. Geo A. Baker, y en el repertorio se encuentran

operetas francesas, italianas é inglesas, tan divertidas como *Les Mousquetaires*,

Fra Diavolo, *Mme. Angot*, *Le Petit Duc*, *Giroflé-Giroflá*, *Olivette* y

otras muchas.

En el vapor-correo *Antonio López*, que llegará á este puerto de miércoles

á jueves, viene el segundo número de *Gran Moda* con que la empresa de este

periódico obsequia á sus bellas favorecedoras.

Es un delicioso número, lleno de excelentes grabados y de interesantísimas

noticias de moda.

Se repartirá á los suscriptores de *EL FIGARO* junto con el número del

domingo próximo.

En los últimos días del próximo octubre se celebrarán en Matanzas las bodas de la distinguida

señorita Consuelo del Castillo con el conocido comerciante D. Ramón Calvet y Beltrán. Se dice que la ceremonia religiosa se efectuará en la

iglesia de San Pedro, parroquial de Versalles y que los contrayentes serán apadrinados por el conocido comerciante Sr. D. Manuel Cobo y la

señora Doña Ramona Díaz, madre de la novia.

Cuando se realice, daremos más pormenores de este prestigioso matrimonio.

La academia de señoritas *Nuestra Señora del Pilar*, que en O'Reilly 61 tiene establecida la ilustrada

joven señorita María Rodríguez, ofrece tales garantías á los padres de familia, que no dudamos recomendarla eficazmente á nuestros abonados. En los veinte años que lleva de próspera vida esta academia, nos

parece ver la mejor razón de su mérito.

Allí se explica, á conciencia, rudimentos ó enseñanza de párvulos, las enseñanzas primarias elemental y superior, y clases de adorno.

Estas últimas se componen de lenguas vivas y música, dibujo y pintura, especialmente para señoras y señoritas, por el excelente profesor y reputado artista Sr. Rovira.

Y á pesar de todo esto, los precios son módicos.

Las discípulas del notable colegio que dirige nuestra distinguida amiga la

señora Elisa Posada de Morales, están de enhorabuena. Merced á su constante celo y esfuerzos ha conseguido que se ponga al frente de la academia

de música del colegio *San Fernando*, el eminente pianista y compositor Gonzalo de J. Núñez.

Núñez es de los pocos maestros de genio que sabe comunicar á sus alumnas el fuego de su inspiración, y por ello la ventaja que con esa adquisición

ha hecho para su gran plantel, la señora Posada de Morales, es inestimable.

—Ha llegado á la Habana, hace días, el distinguido caballero D. Francisco

Paradela y Gestal, Administrador del Ferrocarril de Cienfuegos á Santa Clara.

Le acompaña su amable esposa Sra. Dora Galarraga.

Damos la más cordial bienvenida.

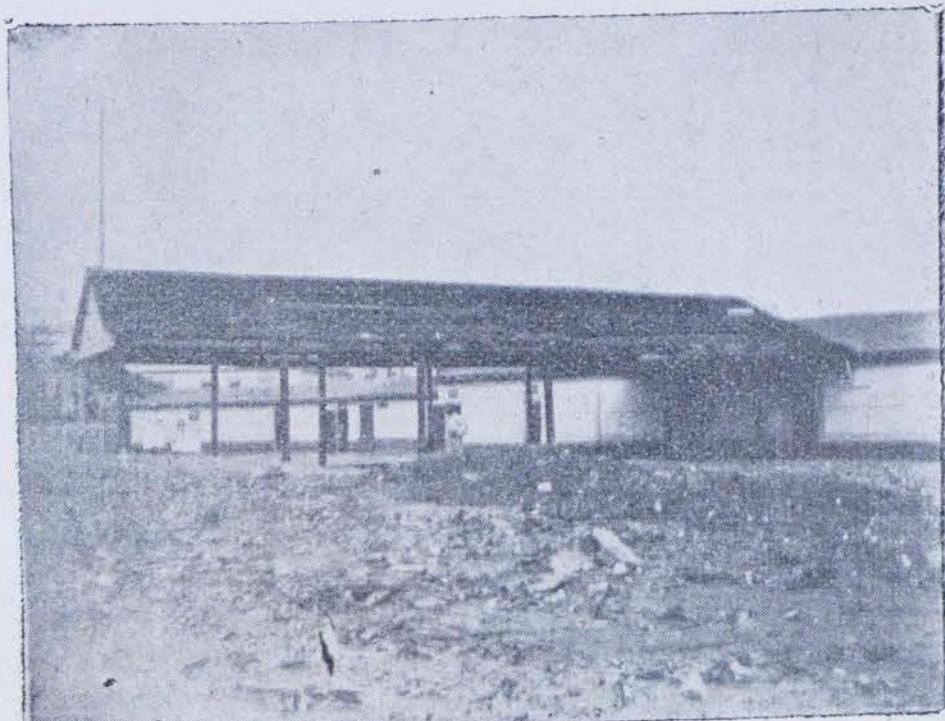
—El genial pintor Armando Menocal se casará en diciembre con la interesante y bella viuda María Regato de Gobel.

—Se organiza un concierto en obsequio de la benemérita Domitila García de Coronado.

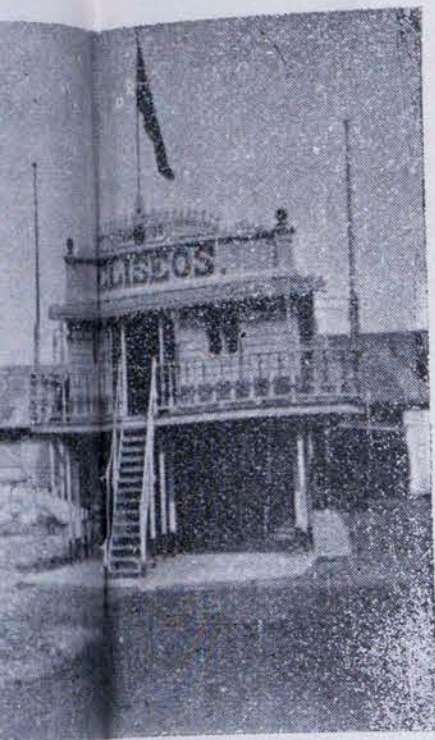
Tomarán parte Aurelia Castillo de González, Eva Canel, Cervantes y María

Luisa Chartrand.

MEFISTÓFELES.



Baños de Las Delicias ó de La Isla.



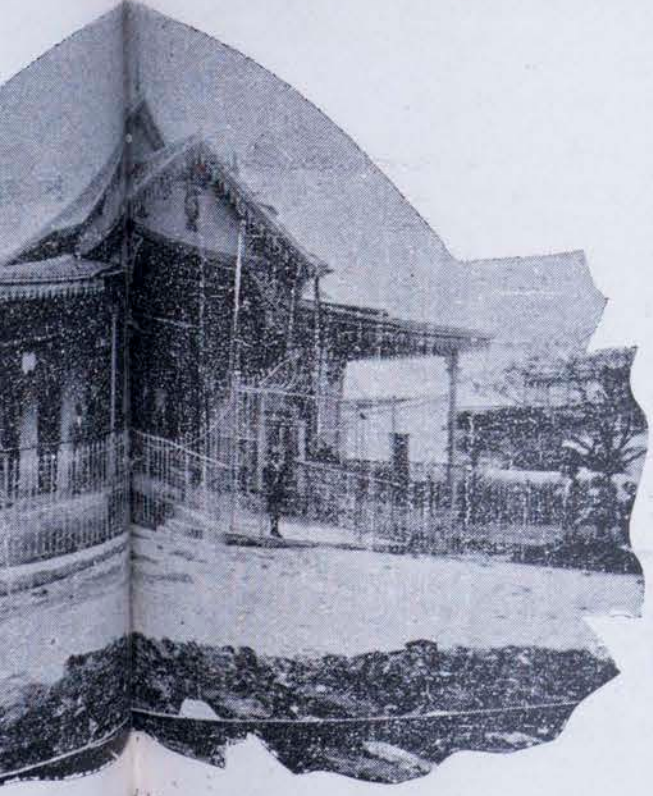
Baños de los Com. Eliseos.



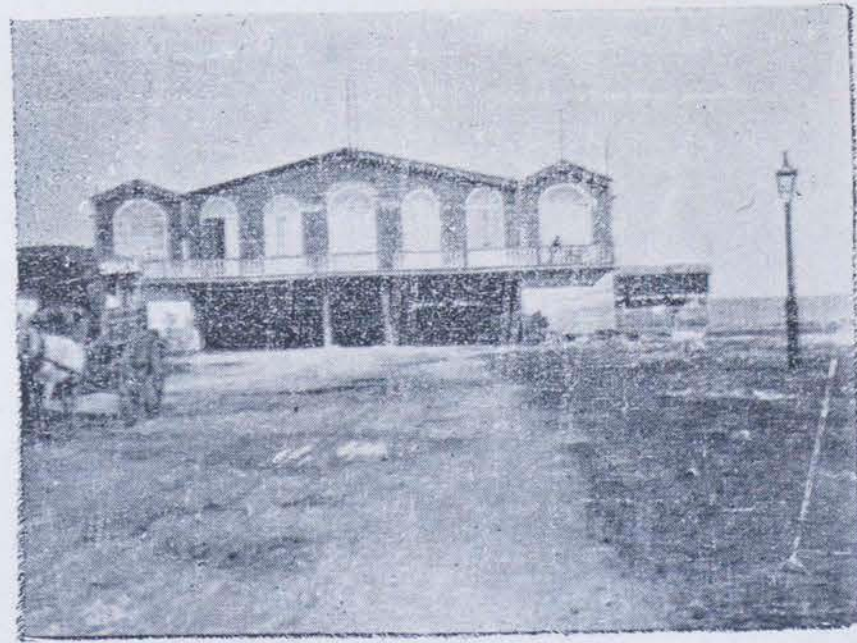
Baños de San Juan.



Baños Militares.



Sociedad del Vedado.

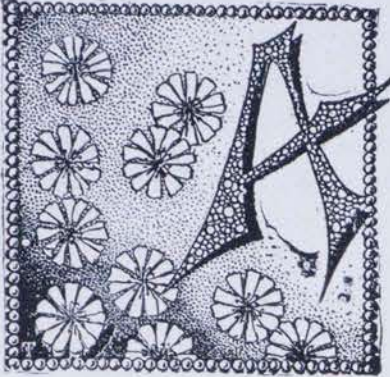


Baños del Vedado.

Cuentos * para * "El * Fígaro."

TRADUCIDOS POR EL CONDE KOSTIA

La "Maria-Juana"



L salir del puerto, el tío Fouchard echó, con gran cuidado, en la barca, sus remos y orientó la vela. El viento la hinchó con tal fuerza, que la *escota* crujió entre los dedos del patrón y le ciñó los dedos, como de anillos azulados. La barca se inclinó á un lado, hasta rasar con su borda el agua; y luego, alzándose con un salto brusco, apuntó con su proa las olas y siguió su marcha entre un ruido dulce de espuma.

No era aquella la primera vez que navegaba con el tío Fouchard. Entre todos los bateleros que acechan al cliente al rededor

de la Canebière, le había notado, en seguida, por su actitud indiferente, casi altanera. Era alto y corpulento, los cabellos completamente blancos—un tinte de ladrillo cocido en los hornos del Ecuador—sus ojos, hundidos en la órbita, guardaban reflejos de tristeza lejana. . . . En poco tiempo, nos habíamos hecho muy amigos. Me inquietaba muchísimo, á causa de su mutismo sombrío, y esa dignidad propia, silenciosa, que no le abandonaba nunca. Yo adivinaba en él un alma orgullosa enclaustrada para siempre en un secreto.

Muchas veces había intentado hacerle hablar.

—Y bien, tío Fouchard, hoy me contará V. su historia?

Pero él sacudía la cabeza, y las grandes arrugas de su frente se hacían más profundas.

—Pero si no tiene nada de interesante! Y después de todo, ¿qué le importaría á V.?

Pero ahora, en este día, parecía estar de buen humor. Las olas, bastante duras, se rompían contra los costados de la barca; la lluvia fina de la bruma nos azotaba la cara. El tío Fouchard se colocó ante el timón; su cara se iluminaba. Destornilló la pipa, apagada en sus labios, la reemplazó por un trozo de *andullo* de gran calibre y se quedó quieto, con los ojos llenos del mar tormentoso y las narices dilatadas á los ásperos olores del viento.

—Y bien, tío Fouchard, hoy me contará V. esa historia?

Él, entre dos salivazos:

—Cristo!—dijo;—también estierqueidad! . . .

Su cara seguía tranquila, endulzada por una vaga sonrisa. Y añadió:

—Vaya por hoy, que no estoy con mis *mantas*. . . . Así quizás me dejará V. tranquilo!

Fijó la *escota* á la borda, sujetó con su mano derecha la barra del timón y después de haberse estado algunos instantes silencioso, comenzó.

—“Primero, debo decirle que en aquella época era mi padre un pescador de Martignes, á la entrada del estanque de Berre. Mi madre—santa y adorada mujer, Dios haya premiado tu alma!—murió (siendo yo muy niño) de parto de una niña que se llamó María. Por esa razón no recuerdo casi nada de mi madre. El día de su muerte entró otra mujer en la casa; una parienta de mi padre á quien yo no había visto nunca, y porque yo lloraba gritando, me golpeó muchas veces. Desde este momento, me acuerdo de todo.

“Mi padre continuó pescando, como antes. No había cambiado nada en sus costumbres. Salía por la mañana, al rayar el día y no volvía hasta por la noche, cansadísimo, hosco de aspecto. Comía con gran apetito y se iba luego á acostar sin preguntar nunca ni por mi hermana ni por mí.

Un día, sin embargo, me llamó. Acababa yo de cumplir siete años. Éstaba sentado en el rincón de la chimenea, y como yo no me atrevía á dar un paso hacía él me agarró y me sentó en sus rodillas.

—“Vamos á ver—me dijo—no tengas miedo y mírame. Qué quieres ser?

—“Marinero—le dije con timidez.

—“Mal oficio, pequeño! Porque antes de ser marinero hay que ser grumete y á los grumetes les curten la piel á correaos. No, yo tengo otra idea; quiero que estudies y aprendas para que seas un sabio y honres la familia. Desde mañana irás á la escuela.

“Esta decisión de mi padre me causó una gran pena. Yo no había nacido para estudiar y lo comprendía muy bien. Además tendría que separarme de la pequeña María, quien tenía todos mis afectos. Ella sufría, como yo, las brutalidades de la madrastra, pero como éramos dos á llorar, sufría yo menos.

“Yo he estado en la escuela dos años, dos años de martirio inútil, porque

no he aprendido ni á escribir mi nombre; pasaba todo mi tiempo haciendo barquitos de papel, trasformando en mástiles y remos los cañones de mis plumas, que esculpía con una cuchilla.

“Un día—era en invierno y mis dedos estaban cubiertos de sabañones—el maestro me ordenó estender el brazo y abrir la mano. Me dió tres ó cuatro palmatazos con una regla. . . . Ah! trueno de Dios! Agarré mi tintero de vidrio y se lo encasqueté entre los ojos. Estuvo ocho días en la cama.

“Después de este escándalo tuve que irme de la escuela. Mi padre me dió tal paliza que el cuerpo me duele todavía. Enseguida me dijo:

—“Tú quieres morirte de hambre? Pues bueno; muérete. Prepara tus trapos! Mañana ¡largo! al mar.”

“Al día siguiente, nos fuimos casi al amanecer. Mi hermana, á quien no había tenido valor para decirle *adiós*! me esperaba á alguna distancia de la casa. Caímos uno en brazos de la otra, pero mi padre nos separó de dos bofetadas:

—“Anda delante—me dijo rudamente—y tú, Marieta. . . hay trabajo que hacer en casa. No me gusta la holganza!”

“Tres días después me embarcaba como grumete á bordo del *tres mástiles* el *Tito*, que partía para las Indias.

“No le contaré á V. mi aprendizaje de mono en los obenques, ni mis viajes al rededor del mundo; tendríamos para ocho días; y además, eso aparta

del asunto. Sólo diré que cuatro años después de mi primer viaje, la parienta de mi padre se murió—y que el diablo haya cargado con ella!—Mi hermana, aunque muy joven, se encargó de la casa; me escribía algunas veces, porque había aprendido á escribir—las mujeres tienen siempre más talento que nosotros! Por último, pasó el tiempo, sin otros tropiezos, hasta el día en que volví á mi país, marinero y muy orgulloso de serlo.

“Mi padre ya hacía algún tiempo que no pescaba. Lo hallé, acabado: una cara de pergamino, consumida. No abandonaba nunca el rincón de la chimenea, y se quejaba continuamente.

“En cuanto á mi pequeña María, era ahora una gran joven, fresca como una manzana y con unos ojos de diamante negro.

“El viejo me recibió con una ternura en que entraba el orgullo de verme hecho un hombre y un hombre sólido! . . . Después de comer, se paseó, apoyado en mi brazo y fuimos al cementerio á ver la tumba de mi madre. . . . Es un bello claro en mi existencia ese día!

“Luego, tuve que irme; los *adioses* fueron tristes. Cuando mi padre me abrazó, creo que había sollozos en su pecho; pero sus ojos estaban secos. Me llevó aparte y me dijo:

—“Oyeme, hijo mío. Tengo así como un presentimiento de que no nos volveremos á ver; mi barca está desarbolada y me voy á pique. Tú entras en la vida; navega siempre derecho, como buen marinero, y cuando sepas que me he ido á fondo, vuelve aquí al lado de Marieta. Su juventud necesita

de tu protección! Ámalala con severidad, sin consentimientos que la malcrien. Ni una mancha en el honor; tú me comprendes!”

“Tardé mucho en volver. La carta que me anunciaba la muerte de mi padre no llegó nunca á mi poder. Pero un día, en la rada de Western, nos hallamos con una fragata francesa: la *Velleda*, y en seguida las dos tripulaciones fraternizaron. Había allí muchos marineros de mi país, que conocían á mi familia. Uno de ellos, llamado Mathurin Lescot, me dió unos golpecitos en el hombro y me dijo, mirándome de un modo que me hizo palidecer:

—“Si puedo darte un consejo, amigo, óyelo: Pon la proa sobre Martignes y navega sin descanso; haces gran falta allá!”

“Debíamos partir al día siguiente. Le dí las gracias, sin querer saber más. Tenía el corazón oprimido y picazonas en las palmas de las manos. Las palabras de mi padre frecuentaban, insistentes, mi memoria: “Ni una mancha en el honor!” y me parecía tener como un poco de lodo en mi cara.

“Por fin volví á ver nuestra casita. . . . Era una mañana de mayo; por todas partes, pájaros y flores; el cielo y la tierra de fiesta, ¡ah! . . . Sólo yo sufría! . . . Sin embargo, nada, visto de lejos, me pareció cambiado, y tuve un momento la idea de que el canalla Mathurin había querido burlarse de mí. Pero al acercarme, vi gente extraña trabajando en el cercado. . . . Entonces, corrí, aterrado, hasta la puerta y la abrí bruscamente.

“Allí vi una mujer, vestida miserablemente y cosiendo al lado de una cuna. Era María. Pero tan flaca, tan pálida, que tardé en reconocerla. Al ver-



me, se alzó rígida, locos los ojos, y dando un grito horrible se arrojó á mis piés, pidiéndome perdón!...

«Ah! mil vivos!... era verdad!... Mis puños se cerraron y sentí ganas de matar!... El niño estaba allí, ante mis ojos!... La prueba del deshonor, la prueba de la falta!... me arrojé sobre él!... Pero en aquel momento gritó... y yo!... Pero de qué sangre de adormideras somos hecho nosotros!... lo cogí en mis brazos y lo besé, llorando!...

«Supe el nombre del seductor; lo busqué por toda la costa... El misera-ble había huido. Entonces fué preciso socorrer á la madre y á la hija, pues-to que yo había perdonado. Mis pobres economías de marinero se gastaron en la compra de una barca y de algunas redes, y me hice, como mi padre, pescador!...

«Yo duré así diez años; el oficio iba bien; ganábamos bastante; yo había casi olvidado... Porque yo adoraba aquella niña de ojos enormes y de ca-bellos rubios rizados como un S. Juan. Pero Marieta, se iba, se iba, como una lámpara donde ya no queda aceite. Por más que le hablaba de su hija, por más que lo ponía entre sus brazos veinte veces al día, aquello no era bas-tante para revivirla; pensaba siempre en el infame que la había seducido... le amaba siempre... y poco á poco, sin sacudidas, murió... la pobre! Sólo las mujeres son capaces de hacer tonterías como esta!...

«Y quedé solo con mi Juana. Ah! cómo he amado á esa gaviota!»

Y la voz del viejo marino iba poco á poco entrecortándose.

—Cómo la he *chiqueado*!... Cuántas veces no he prescindido de mi rom y de mi tabaco para comprarle baratijas!... Yo la he hecho educar como á una señorita de casa rica—añadió fieramente—sabe bordar, cantar, tocar el piano... qué sé yo? Y además de todo eso, bella como un ángel!...

Se calló para reasir su respiración que se hacía hiposa, y prosiguió brus-camente, con una gana dolorosa de acabar:

—Cuando cumplió los diez y seis años, vino un bello señor, rico, que la encontró linda... Él hablaba bien; ella le ha hecho caso... En fin, me la ha quitado... Pero ha sido más honrada que la otra, porque se la llevó después de casarse con ella... Y ahora...

El tío Fouchard se detuvo otra vez. Aquel pasado le subía del corazón á la boca como una ola de hiel; su cara se crispaba como en un suplicio.

—Y ahora?—le pregunté yo.

—Ahora, son dichosos... Tienen hijos, pero yo no los conozco... no han venido nunca á verme. Sin duda, los traerán el día que yo muera... Pero cuando se casó el señor, me regaló esta barca en que estamos y la he bautizado *Maria-Juana*; el nombre de las dos únicas personas que he ama-do...

EUGENE DELARD.

PLAYERA

Cuando al mar encapota
ligera bruma,
y envía hacia la playa
mantos de espuma;

Cuando murmura ó canta
pasadas penas,
el deslizar sus olas
por las arenas;

Cuando en ligeros surcos
que borra el viento,
van dejando las huellas
de su lamento;

Cuando todo está en calma,
la playa á solas,
¡oh mar, cuánto me gusta
mirar tus olas!

Tú tienes un encanto
que me fascina,
y un lenguaje que el alma
casi adivina.

Tú eres como el destino,
traidor é incierto,

Sep. 1894.

y como el desengaño,
triste y desierto.

Tú tienes esperanzas,
noches de luna,
las inconstancias todas
de la fortuna.

Atraes y seduces,
hierres y matas;
venturas y desdichas
en tí retratas.

¡Oh mar, oh mar! tu vista
pasma y subleva;
con tu eterna mudanza
siempre eres nueva.

Admiración, espanto,
fe, idolatría,
y fuente inagotable
de poesía.

¡Oh mar! si yo te siento,
si te percibo,
poeta ó no poeta,
canto y escribo.

ABELARDO FARRÉS.

LOS PESCADORES

Allá, á lo lejos, muy lejos,
ténues surgen los reflejos
de la luz crepuscular;
son del día los albores,
y allí van los pescadores
en sus barcas á pescar.

Mirad. La ribera dejan
y se alejan, y se alejan
de los remos al compás...
¿Volverán? ¿Nadie lo sabe!
Sale del puerto la nave
y acaso no torna más!

Tal se aleja de la orilla,
tantas veces la barquilla
por los mares viene y vá,
que un día alejarse puede
tanto, tanto, que se quede,
que se quede por allí.

Ved. El cie'o se encapota
y el ancho mar se alborota
al choque del huracán,

Sep. del 94.

¡Allá va la nave...
Quién sabe do vá!

lanzando horrendo bramido...
y las barcas que han salido
acaso no volverán!

Trémula voz se levanta
que ofrece á la Virgen Santa
tres velas para su altar...
Deja de rugir el viento,
serénase el firmamento,
guarda sus ondas la mar.

Va esconde el sol sus fulgores;
ya vuelven los pescadores
bogando á todo bogar;
que hoy, en la lucha reñida,
debieron todos la vida
á la *Virgen de la Mar*.

Pero mañana... Mañana
tal vez en barca liviana
saldrán para no tornar;
que, á barca que á la mar sale,
hay veces que no le vale
ni la *Virgen de la Mar*!

F. DIEZ GAVIÑO.

¡Agua vá!

La temporada de baños va llegando á su fin. Los balnearios se han visto este año más favorecidos, si cabe, que en años anteriores. Y es que la afición al iodo se arraiga de una pasmo-sa manera entre nosotros. Podrá no haber dinero para comer regular, ni para vestirse decente; pero lo que es para unos cuan-tos baños de mar, no falta. Por eso, en cuanto llega la tempo-rada, la arribazón á los balnearios de San Lázaro es grande, y por lo tanto, la pesca no puede ser más abundante. Hay po-llo que desde las seis de la mañana recorre el litoral de S. Lázaro, sobre sus dos cañas de pescar, vulgo canillas, tirando el an-zuelo, como aquel que dice, y las niñas tiernas y jugosas lanzan sus miradas lánguidas, ávidas de picar la carnada. Da gusto ver-las por ahí con sus envoltorios de felpudos, dispuestas á sumer-girse en las serenas ondas y haciendo globos en el agua, con la camisa, que se infla como si tuviera elefantiasis. Otras que quieren sacar del baño todo el partido posible, toman buches del salado líquido y lo expelen con la naturalidad de la ballena. Las hay más valientes que se columpian en las sogas, seme-jando un bacalao mártir, con cabeza y todo.

Las que no se bañan, porque tienen catarro ó porque no tie-nen para el abono, no dejan por eso de ir á los baños para dar el golpe de que se bañan y para fijarse bien, si la vecina lleva algún zurcido en las medias ó si usa camisones de algodón con mangas de hilo. Esta es la plaga del balneario. Las otras que se exhiben, tales cuales son, en el baño, sin coloretes ni afeites, no transigen con las que sólo van á ver y murmurar después de lo que han visto y de lo que no han visto.

De ahí el que muchas bañistas recatadas, prefieran al reser-vado de señoras, donde pueden llevar la camisa ajada impune-mente, así como sus afecciones herpéticas. Pero ni así se esca-pan. Por las junturas de los tabiques siempre se ve algo.

No hace muchos días, una niña que se baña de contra, es

decir, que se baña sin pagar, persiguiendo un cangrejo pequeño que trataba de escabullirse, corriendo hacia atrás, como suelen, dió un grito desaforado, viendo por las hendijas que daban al re-servado.

—¡Mamá! ¡el mónstruo-marino! Todas las bañistas, entre te-merosas y alegres, acudieron á las hendijas, como empleados al presupuesto y vieron, «si no lo has, ¡oh lector! por pesadumbre ó enojo», á la obesa D^a Paca, que hecha una boya, daba pata-ditas continuas en el agua, con sus alpargatas de medio uso.

Por supuesto, que estos baños en pocetas no están al alcance de todas las clases, por lo que los desheredados de la suerte pre-tenden bañarse en el mar libre, como si fuera la cosa más fácil, sin contar con que el O. P. vigila el litoral con una asiduidad que tal parece que esperan un contrabando de armas por el to-rreón. A pesar de eso, por la noche, la gente del pueblo acude á ese lugar, dispuesta á tirarse de cabeza al menor descuido y revolcarse en los charcos, como un caballo con inclinaciones al muermo.

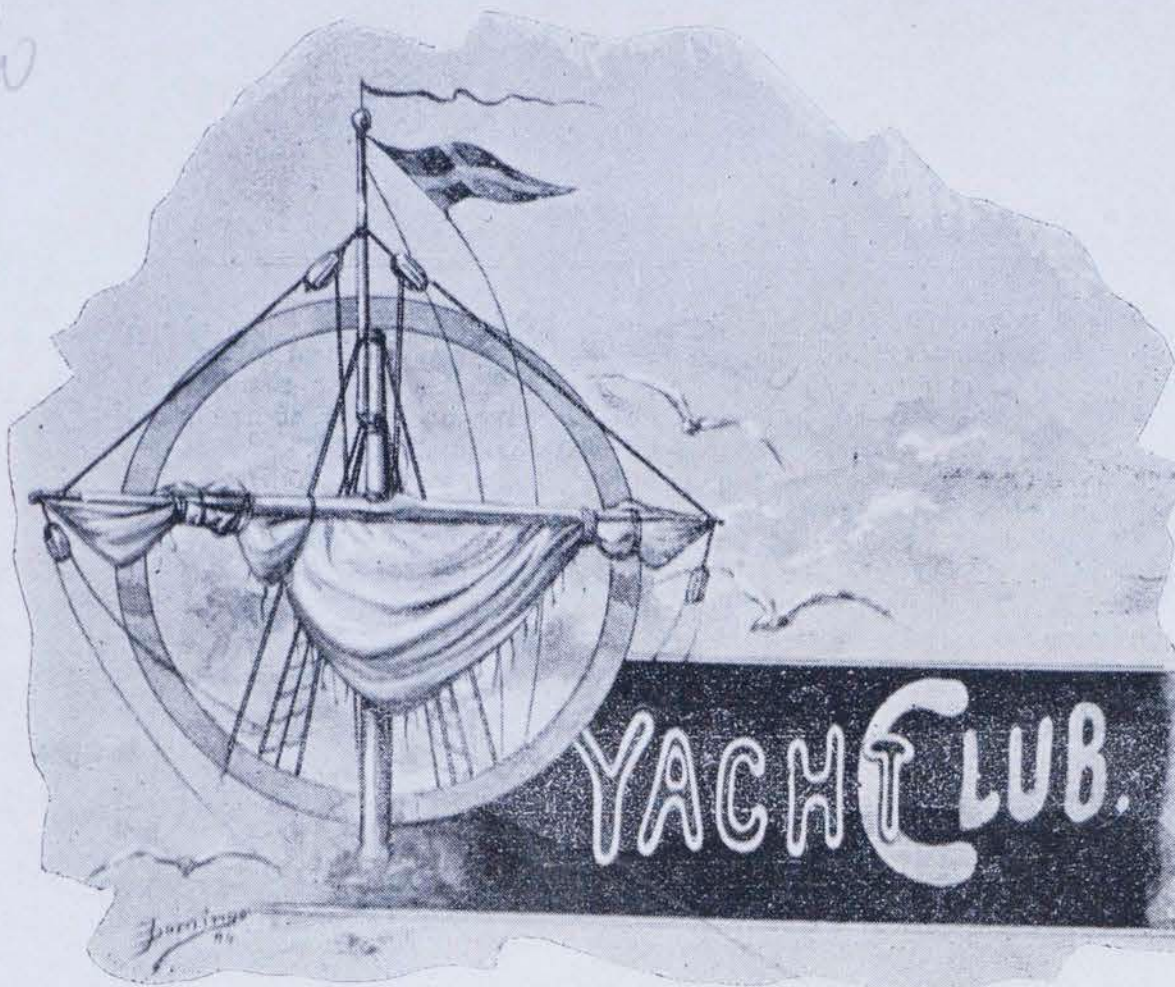
Los más refinados, los que más pueden, van al Vedado á ba-ñarse en Saratoga, creyendo volver más frescos á su casa, sin contar con que á la vuelta se dan un baño de sol, capaz de achi-charrar á cualquiera. Pero no escarmientan. Mientras dura la temporada, allá se van á Saratoga, creídas de que ese es el baño que aprovecha y es el más aristocrático ó más de moda. Allá ellos.

Conozco á un empleado, flaco como un bacalao de Escocia, sin aceite, que padece del hígado, que no falta un solo día al baño. Antes de entrar en el agua, con la trusa ceñida, moja el pulgar, como si fuera agua bendita, se persigna y se tira de ca-beza, asegurando que en el mar está en su elemento.

Y tiene razón.

WEN GALVEZ.

450



Al concluir el verano, EL FIGARO quiere obsequiar á sus abonados con un número de playa, y en esta edición se impone el *Habana Yacht Club*, la aristocrática sociedad que tan deliciosas fiestas ha celebrado, y á la cual pertenecen los más distinguidos *sportman* habaneros.

El año ochenta y seis, un grupo de animosos, comprendiendo que, dada la cultura del país, hacía falta una asociación marítima de recreo, acordó fundar el *Yacht Club*, y desde entonces ha venido éste sumando en su historia simpática un triunfo por cada fiesta.

La nueva casa que ha fabricado en la pintoresca playa de Marianao (de la que ofrecemos dos vistas tomadas expresamente para esta edición, por nuestro redactor fotográfico Sr. Gómez Carrera), prueba es del entusiasmo con que nuestros aristocráticos y elegantes sostienen y adelantan el *Habana Yacht Club*.

Las animadas regatas que, ya particulares, ya en opción á la copa del campeonato, efectúa todos los años entre las embarcaciones de su flotilla; los almuerzos que de vez en cuando celebra; las *matinées* exquisitas con que obsequia á sus asociados, en fin, todos sus que, con razón, se llame al *Yacht Club* la sociedad de los ricos.

actos, forman época en los anales del *sport* en Cuba, y hacen

Para concluir estas líneas, ofrecemos á la curiosidad de nuestros lectores la lista de los prestigiosos caballeros que componen la actual directiva, á los que enviamos nuestro saludo.

COMODORO:

D. Alberto Will.

VICE-COMODORO:

D. Rafael Prendes.

SECRETARIO:

D. Fernando Freire.

TESORERO:

D. Angel Gálvez Guillén.

COMITÉ DE LA CASA:

D. Antonio García Castro.

„ John A. Mc. Lean.

„ José Agustín Freire.

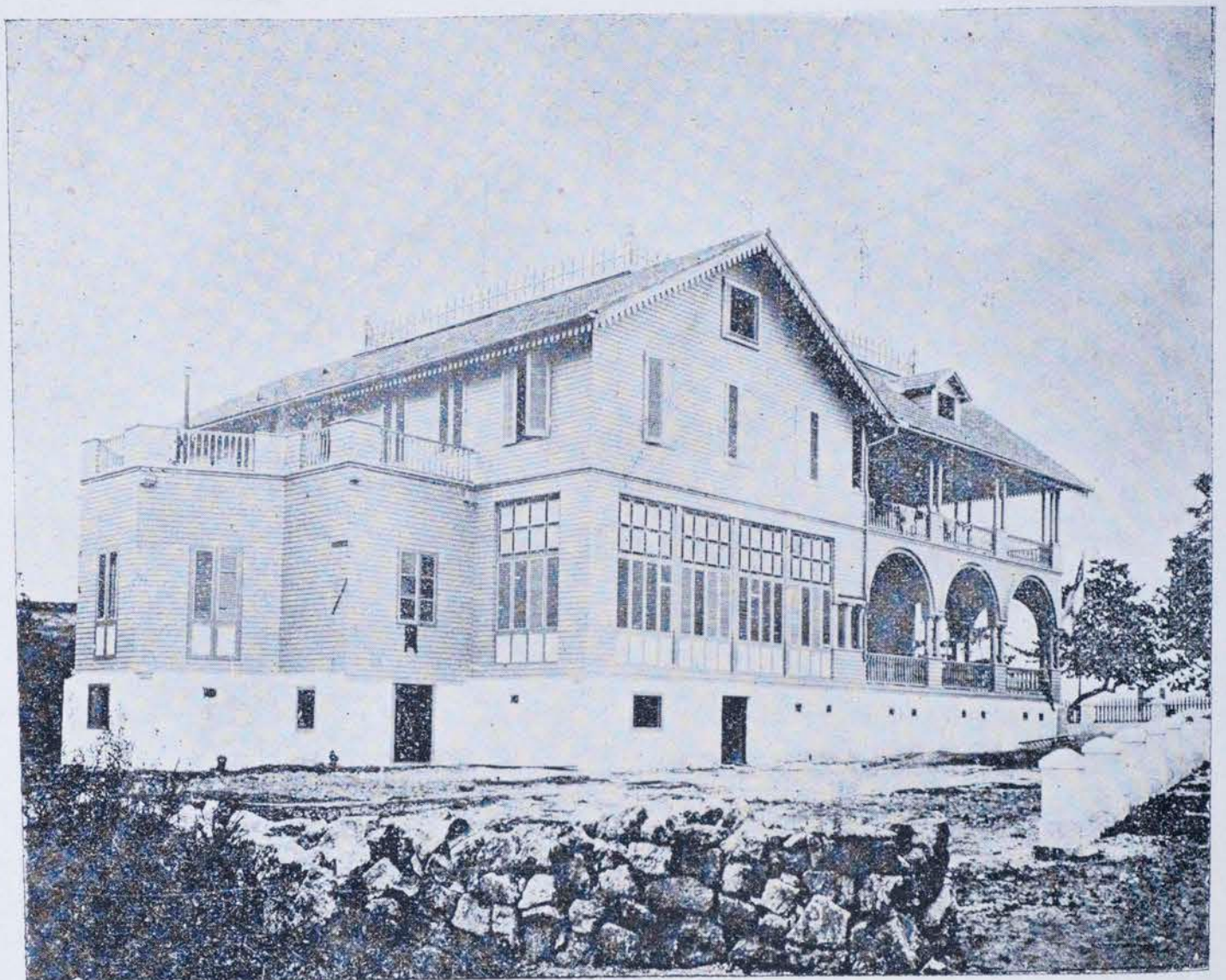
COMITÉ DE REGATAS:

D. José G. Baró.

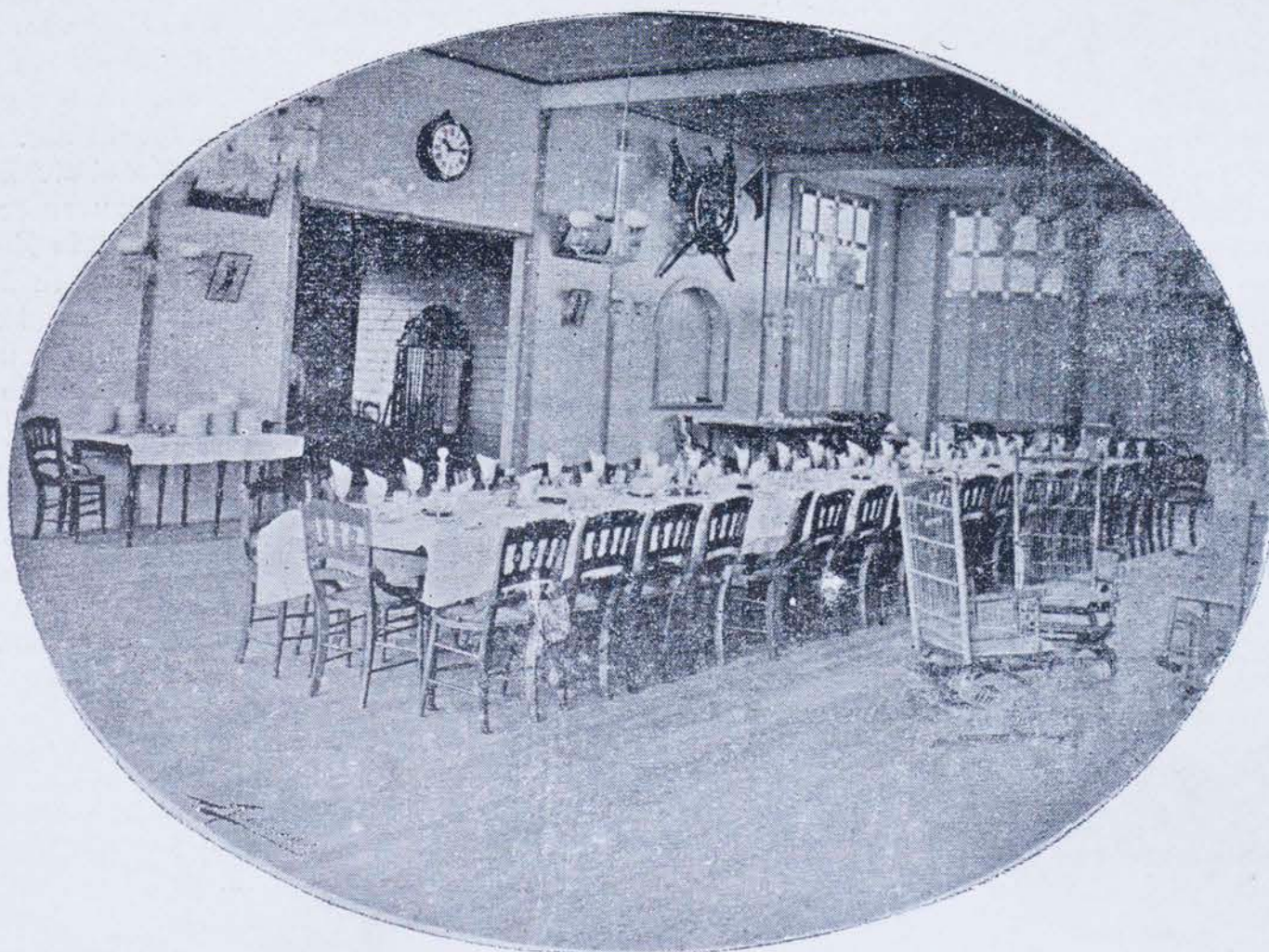
„ Francisco Martínez.

„ Julio Mayo.

HABANA YACHT CLUB.—EDIFICIO NUEVO



HABANA YACHT CLUB.—VISTA INTERIOR.

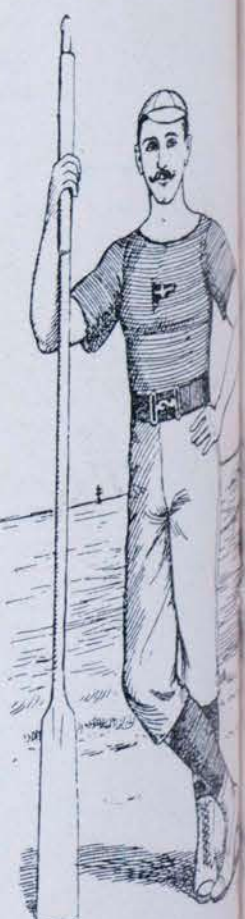


ACUARELA

PARA EL FIGARO.

El cielo azulado,
La mar ¡qué tranqui la!
Hendiendo sus olas
Corre mi barquilla;
Ven, angel hermoso,
Ven amada mía,
Tus lindos cabellos
Besará la brisa,
Te darán sus cantos
Las aves marinas,
Y allá en occidente,
Cuando muera el día
Y cubra el espacio
De brillantes tintas,
Antes que á la playa
Llegue mi barquilla,
Aquí, sin testigos,
Aquí, bella niña,
En tus negros ojos
Fijando mi vi-ta,
Uniendo á mis labios
Tus rojas mejillas,
Cantaré aquella estro'a que empieza
¡Ay tú eres mi vida!

ANGEL RIUS VIDAL.
Parcelona, 1894.



A BORDO

Es un buque un pueblo chico,
ó más bien una gran casa
que en lo inmenso de los mares
sin cesar de sitio cambia.
Los pasajeros, unidos
muy pronto por la confianza,
hacen amistades íntimas
sin saber cómo se llaman
y cambian sus impresiones
cual antiguos camaradas.
Todos allí son iguales,
no hay dé-potas, ni hacen falta,

y vale tanto el más pobre
como el rico que más valga:
por eso hace cada quisque
lo que le da la real gana.
No se ven allí miserias
y no hay intrigas ni farsas:
queden para las ciudades,
en donde los fuertes mandan
y los que adulan se elevan
y triunfan los que se arrastran!
Respirase el aire puro
que los pulmones ensancha;

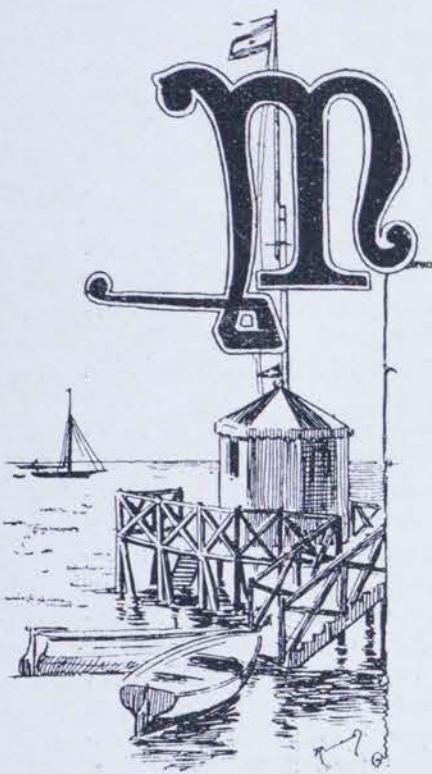
y no como en las ciudades,
aire compuesto de miasmas
que al atrofiar los pulmones,
atrofian también el alma.
A bordo nadie está triste,
todo es bullicio y jarana:
de los labios más fruncidos
brotan la risa espontánea,
igual que brota la espuma
de las olas agitadas.
Allí los ojos más lindos
no ven más que cielo y agua;

y ver tan sublimes cosas,
no vale más que ver casas
donde hasta el honor se vende,
si hay alguno que lo paga?
Amo la vida de á bordo
y la de tierra me cansa.
¡Que Dios me depare un buque
que como el buque-fantasma,
por los siglos de los siglos
surque sin cesar las aguas!

Sept. del 94.

JUAN B. UBAGO.

CUENTO * DE * PLAYA



AL tiempo para pesca—pensaba Faustino, de pié
junto á la proa de la barca y apoyando su ma-
no sobre uno de los tirantes cabos de la vela—
mal tiempo: y esos dos tontos que se las dan de
marinos van á pasar un sofocón, peor que los
míos. Allá ellos. Yo me vuelvo á tierra. Mis
aficiones marinas no me llevan
hasta capear un mal tiempo á
bordo; pero me figuro que este
bochorno va á saltar al noroes-
te y que la tarde será de danza.
Y Faustino, vestido de mari-
nero, pero marinero de sport,
observaba con curiosidad aquel
bote, mientras su barca se apro-
ximaba poco á poco á la playa.
—Yo conozco esas caras.

¿Quiénes son?

Vestían ambos traje de mar,
pero también flamante, tan
nuevo como el de Faustino, con
tales perfiles que, á la legua, se
notaba que eran marinos de
agua dulce.

Seguían tranquilos su viaje y preparados sus trevejos, co-
menzaban la pesca, cuando uno de los dos viejos, pues viejos
eran, dijo al otro:

—Sebastián, ¿has notado algo?

—Nada.

—¿Y ella?

—Perfectamente: se pasa el día tras las persianas del corre-
dor alto, y de allí, y con el antejo en la mano, examina
cuanto cruza á su alcance.

—Estamos frescos.

—Y lo estaremos más aún si el viento salta al noroeste. Es-
te empeño de V. en venir á pescar ha sido una verdadera
tontería. Más prudente que nosotros es aquel mozo que se
vuelve tranquilamente á la playa y que, de pié, á la proa de
su barco, nos mira como burlándose de nosotros.

—No creas en malos tiempos: el barómetro está alto.

—Sí, en la veleta de la iglesia. En fin, lo mismo me da aca-
bar aquí ó en China: para la vida que pasamos por causa de
esa perra....

—No seas bruto, Sebastián: su padre me la confió en el lecho de muerte,
con su caudal cuantioso: debo velar por ella....

—Sí, y por eso quiere V. hacerla su mujer: la niña no tiene maldito el gos-
to en la combinación: V. se empeña en ello, para ahorrarse varias cosas; en-
tre otras, la rendición de cuentas á otro....

—Sebastián....!

—No se asuste V., D. Doroteo: cuarenta y cinco años hace que le sirvo y
ya no puedo más: mientras nos estábamos quietos en nuestra tierra, iba bien.
Desde hace dos años no paramos en ninguna parte.

—Es que los médicos la han mandado viajar y por eso....

—¿Qué médicos, ni qué ocho cuartos! V. que no quiere que esté cinco mi-
nutos en ningún sitio. Desde
aquella declaración del chico
Sofocón, parece que vamos
huyendo siempre.

—Mira, Sebastián, en cuan-
to volvamos á tierra, que será
ahora mismo, iremos al hotel.
te arreglaré tu cuenta y te
marchas.

—Cuanto antes mejor: pero
me parece que la vuelta va á
ser larga. Ya está aquí el no-
roeste.

V. comenzó á soplar y las
olas á hacerse más gruesas, á
levantarse más cada vez: y el barquichuelo, arrastrado por el oleaje, iba y ve-
lejos de tierra.

Desde ella vieron el bote. Un grupo de bañistas dió la alarma. Echáronse
á conjeturas, y por las señas que dió Faustino al arribar, cayeron en quiénes
eran los náufragos; y el dueño del hotel, Mr. Camelotte, dijo:

—Pues son mi huésped D. Doroteo Canijo y su criado.

—¿Quién ha dicho Vd.?—interrumpió Faustino.

—D. Doroteo Canijo.

—¿Desde cuándo está aquí?

—Desde ayer mañana.

—¿Sólo?

—Con una encantadora rubia; con su hija Elena.... ¿Pero dónde va us-
ted, señor conde?

—Y yo que no los he conocido, pensaba Faustino, corriendo hacia el hotel
y dejando estupefactos al hotelero y á los bañistas....!

De éstos, tres que oyeron el diálogo, conferenciaron brevemente y á po-
co aparecían en traje de regatas.

—¿Dónde van ustedes?—les preguntaron:

—Somos de la *Great Universal Asotiation* creada para el
salvamento de los náufragos ricos.

—Ah....!

—Y sobre todo de los náufragos que tienen hijas ricas y
guapas—continuó otro.

—Vamos, por salvar de la horfandad á esa pobrecilla....

—Pero ese D. Doroteo Canijo....

—Es un millonario: tendrá la vida asegurada en varias so-
ciedades. Si lo salvamos, tenemos derecho á una indemniza-
ción por parte de las compañías aseguradoras....

—Ah, vamos, filantropía económica! Pues si tan decididos
están, dijo Mr. Camelotte, no pretendan arribar á la playa,
eso es imposible con el noroeste. Lo mejor que pueden ha-
cer es echarse mar á fuera, remontar el cabo Tritón, seguir
como quien va á la Capotilla y de una virada meterse en la
ría y quedarse en Trichuela; de allí y en tres horas, pueden
venir en coche. Es más seguro.

—Así lo haremos.

Y aquellos argonautas del vellocino lanzáronse al tempe-
stuoso piélago.

Mientras, Faustino llegaba al piso principal del hotel don-
de le esperaba una joven rubia, hermosa, elegante y á más
simpatía y sonriente.

El, parodiando al tenor en el tercer acto de *La Bruja*, pa-
recía que iba á arrancarse con aquello de

Blanca, mi Blanca!

Pero, no: la cosa fué más prosaica en la forma. En el fon-
do, el dúo eterno de todas las generaciones.

—Pero, cómo? Tú aquí?

—Hace dos días: convencí á ese carcamal de que sólo los
aires de Salineta, podrían decidirme á otorgarle mi mano.

—Feliz casualidad.

—No tanto: recordaba que una noche en el Teatro Real di-
jiste que el mes de julio siempre lo pasabas aquí, por tener
posiciones en el contorno....

—Es verdad.

—Y pensé posible nos encontráramos: te he visto correr hacia el hotel: te he
conocido á pesar de tu traje, y, mientras ese par de calamidades se ahoga,
justo será que, siquiera, nos pongamos de acuerdo para el porvenir.

—Desde luego.

Al día siguién-
te, que amaneció
espléndido, y á
eso de las ocho de
la mañana, llega-
ba á Salineta un
coche con los ná-
ufragos y los salva-
dores. Apeáronse
en la puerta del
hotel: recibiólos
el dueño con ex-
presiva y amable
insistencia, cele-
brando el salva-
mento.

—¿Y la señori-
ta?—preguntó D.
Doroteo.

—Ha salido con
el señor conde de
la Camona.

—Sí, señor: más conocido en Madrid por Fausto Sofocónes.

—¿Él? ¿Él, Sebastián!

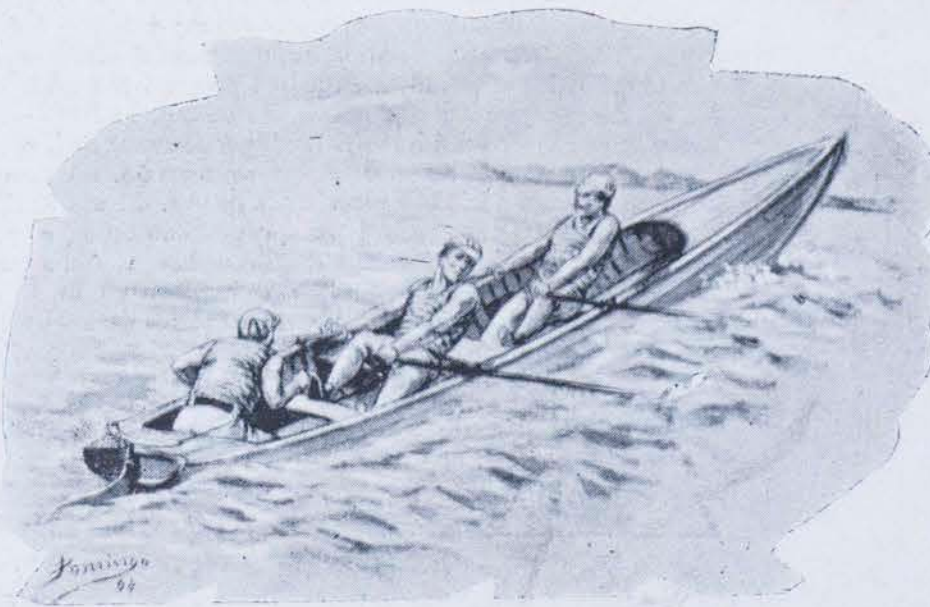
—Gracias á Dios! Ya nos dejó libres.... —¡Oh, desdicha....! ¿Y á es-
as horas....?

—Estarán en alta mar, probablemente.

—Vé V. aquel barco que se va á lo lejos?

—Sí.

—Pues es el *yatch* del señor conde.



ANGEL LUZÓN.

Del natural

Al Dr. Aróstegui.

LAN á dar las siete. Era una mañana de noviembre, melancólica y opaca. Arropado en densa niebla de frío, el sol se desperezaba en el horizonte. La inquieta mar crugía bajo el débil peso de los botes que, atados á los espigones, se balanceaban con dulzura. Otras barcas, volcadas sobre la arena, dejaban ver sus quillas despintadas. La gente pescadora, ya concluida la faena del día, desplegaba encima de la playa las mojadas redes, ó repartía en cestos los pescados que debían llevarse á las poblaciones vecinas. Agrupados en diferentes lugares de la costa, algunos buenos camaradas, con los curricanes y palangres aún al hombro, comentaban los lances de la pesca. El pueblo de M... estaba en movimiento, y sus moradores recorrían de arriba á abajo la calle, la única calle que hay, y que se extiende, á lo largo del litoral, entre las casas y el océano.

—Ya tenemos mendigo—dijo de pronto el tío Antón, el más viejo de los marineros del villorrio; y mordiendo la pipa con los dientes, para dejar desocupada la mano, señaló hacia el torreón, antiguo vigía de los parajes aquellos, que se levanta, sobre un picacho saliente, á la izquierda de la herradura que el mar ha formado en la costa.

Los que estaban en el grupo siguieron con la mirada la dirección del brazo del anciano, y camino del pueblo, viniendo del torreón, vieron á un hombre alto y enjuto, vestido de andrajos. Aquel hombre ganó lentamente la distancia que lo separaba de los pescadores, cruzó por entre ellos sin darles siquiera los buenos días, y fué á situarse á la orilla del mar, en un rincón solitario. Allí se estuvo hasta la hora del almuerzo; llegada ésta, empezó á revisar la playa, en busca de caracoles, y cada vez que encontraba alguno, agachábase, cogíalo, arrancaba con la mano al animalito de la concha, y engullíasele crudo. Cuando estuvo satisfecho, encaminóse hacia los uveros donde el poblado concluye, y ya no se le volvió á ver hasta la tarde, que vino á comer de lo mismo que había almorzado.

Junto con el crepúsculo vespertino, principiaron á encenderse los farolillos de aceite de todos los portales. El mar, sonando al lamer la costa, parecía que agasajaba á los honrados marineros, con una retreta ejecutada por las olas. Entonces el andrajoso atravesó muy despacio la calle del pueblo, dirigióse al torreón y desapareció entre las ruinas musgosas de éste. La curiosidad, siempre despierta, excitó á los vecinos de M... y aquella noche el tema de las conversaciones fué el solitario á quien nadie conocía. No se hablaba de otra cosa en las rústicas viviendas, ni en las tertulias que se formaban al derredor de las barcas volcadas. Uno de los patrones, en la taberna, jugando su habitual partido de dominó, decía á sus camaradas:

—No es un mendigo, porque nada pide. ¿Será un loco?

—¿Quién sabe! Pero á veces el dolor toma aspecto de demencia—respondió el tío Antón.

Pasaban los días y el hombre misterioso no variaba de vida. Sin embargo, algo habían adelantado los pescadores en sus pesquisas. Lo habían observado bien: no debía llegar á los 50 años; era pálido, de grandes ojos azules, y las manos, finas y delgadas, denunciaban que no venía de estirpe plebeya. La barba y el pelo, negros como el carbón, estaban descuidados desde mucho tiempo atrás, porque el pelo le rozaba los hombros y la barba le caía sobre el pecho. Ya había adquirido alguna confianza con aquellos honrados playeros que se acostumbraron á verle; ya saludaba á cuantos encontraba en su camino; pero no había manera de hacerle hablar. Cuando pasaba frente á la taberna, en las proximidades de las comidas, los allí reunidos le ofrecían alguna cosa, y no se dió caso de que aceptara la oferta. Cierta vez un extranjero que recorría la comarca, le dirigió algunas preguntas en varias lenguas, y sin vacilaciones, contestó en los mismos idiomas en que le interrogaron; entonces fué cuando pudo escuchársele la voz, bien timbrada, aunque áspera, como la del que hace tiempo que no la emite. La gente de M... acabó por cobrarle afecto, mitad lástima, mitad presentimiento de algún misterio doloroso, y la curiosidad crecía sin límites, por indagar la historia de aquel silencioso aparecido. Algunos marineros, los más sucia sin límites, por indagar la historia de aquel silencioso aparecido. Algunos marineros, los más supersticiosos, llegaron á imaginarse leyendas mitológicas, y hasta hubo quien creyó ver, muy de madrugada, nimbos de luz al derredor del torreón, mientras el hombre pálido dormía entre las ruinas.

Una noche de diciembre llovía con ganas. El mar, alborotado, rugía como fieras hambrientas, y las olas, al estrellarse contra la playa, avanzaban tanto, que sus salpicaduras rociaban los frentes de las casas. Los pescadores habían sacado sus barcas del agua, y casi en la calle, las tenían amarradas á fuertes estacas. Todos los vecinos del villorrio estaban encerrados en sus viviendas. No brillaba ni una luz: los farolillos habían sido descolgados de los garfios, para que el vendabal no se los llevase. Era una noche tormentosa; el norte soplabá con furia y el frío se metía hasta los huesos. Sólo Lázaro, el tabernero, refunfuñando por no haber podido celebrar su santo como quería, parado en la puerta de la taberna, apoyado contra el marco, miraba indiferente la cólera del océano. A la luz de dos relámpagos seguidos, pudo ver una silueta humana que se escurría, orillando los portales. Cuando estuvo próxima:

Miér. 19 sept. 94.

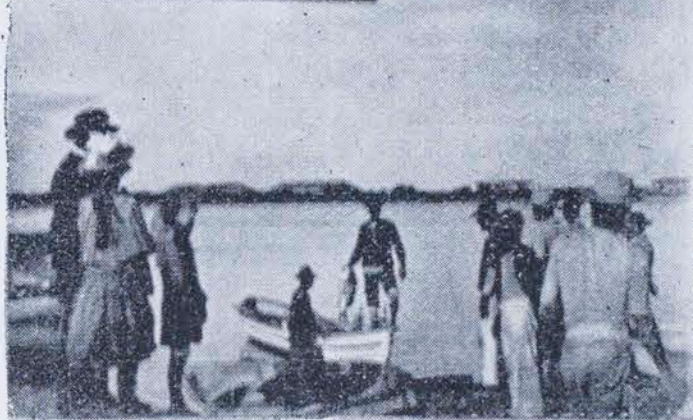
A ORILLAS DEL ALMENDARES



Pescador de jaibas



¡A pescar!



Llegada de la pesca



Grupo de pescadores

pués de la tormenta, llamó la atención á los chiquillos de M... el enjambre de auras que revoloteaban por encima de los uveros del este. Internándose poco á poco en los matorrales, y guiándose por el olfato, como los perdigueros, llegaron al monte, y allí, colgado de un árbol, vieron un cadáver al que ya no le quedaba mucha carne. Sin embargo, por los vestidos pudo reconocerse en el infeliz ahorcado al hombre pálido del torreón.

CESAR DE MADRID.

La Acacia
GRAN JOYERIA
SAN RAFAEL, 12



La Acacia
Artículos de fantasía
SAN RAFAEL, 12